San Vicente de Paúl:
Una vida al servicio de los pobres

Preparado por: Javier F. Chento

San Vicente de Paúl (1581-1660) es una de las figuras más queridas e influyentes en la historia de la Iglesia católica. Conocido como el "Apóstol de la caridad" y el "Padre de los pobres", dedicó su vida al servicio de los necesitados y a la renovación de la Iglesia en la Francia del siglo XVII. Su legado perdura no solo en las comunidades religiosas que fundó y en las instituciones benéficas que llevan su nombre, sino también en el espíritu mismo de la caridad cristiana que él defendió.

I. Infancia y formación

Vicente de Paúl nació el 24 de abril de 1581 en la pequeña aldea de Pouy, en el suroeste de Francia (posteriormente rebautizada como **Saint-Vincent-de-Paul** en su honor). Procedía de una humilde familia campesina; sus padres, Jean y Bertrande, eran humildes agricultores que trabajaban duro para mantener a Vicente y a sus cinco hermanos. De niño, Vicente cuidaba el ganado de la familia y conoció de primera mano la dura realidad de la pobreza rural. Sin embargo, al advertir su inteligencia y su inclinación religiosa, sus padres confiaban en que pudiera llegar a ser sacerdote, en parte para que tuviese una vida mejor y también, quizá, para que ayudara a la familia. En aquella época, el sacerdocio era una de las pocas vías de ascenso social para el hijo de un campesino, y la familia de Paúl juntó recursos para enviarlo a estudiar con los frailes franciscanos de Dax.

Vicente demostró ser un alumno capaz. En 1597 se trasladó a la Universidad de Toulouse para estudiar teología. Incluso siendo seminarista joven, era ambicioso y veía el sacerdocio sobre todo como un medio para mejorar su posición social. Por su propia confesión años más tarde, sus motivaciones iniciales no eran del todo puras: deseaba un beneficio eclesiástico cómodo (un cargo que proporcionase ingresos) y una posición respetable que le sacara de su condición de hijo de campesino. No obstante, era un estudiante serio y, pese a las dificultades económicas, perseveró en sus estudios.

El 23 de septiembre de 1600 fue ordenado sacerdote. Tenía solo diecinueve años, una edad inusualmente temprana, pues el mínimo habitual era veinticuatro. Un obispo anciano le confirió la ordenación. Poco después, le fue asignada la parroquia de Tilh (cerca de Dax), pero otro sacerdote local impugnó su nombramiento y el padre Vicente renunció al cargo. Exteriormente humilde, pero interiormente frustrado, volvió a sus estudios. El 12 de octubre de 1604 obtuvo el grado de Bachiller en Teología por Toulouse, y más tarde consiguió la licenciatura en Derecho Canónico por la Universidad de París.

Un giro dramático se produjo en 1605. Vicente viajó a Marsella para ocuparse de un asunto de herencia: un rico benefactor de Toulouse había fallecido dejándole una suma de dinero y propiedades. Tras resolver el asunto y convertir parte de los bienes en efectivo, embarcó rumbo a Toulouse. Durante el viaje, el barco fue atacado por piratas berberiscos del norte de África. Vicente y otros fueron capturados y llevados a Túnez. Allí fue **subastado como esclavo** y pasó aproximadamente dos años en cautiverio —un episodio que parece sacado de una novela, aunque no era raro en el Mediterráneo del siglo XVII—. Su primer amo fue un pescador, pero Vicente no era apto para las duras faenas del mar y pronto fue vendido a un alquimista médico. Con este segundo dueño, sus tareas incluían preparar pócimas y remedios; su mente curiosa le llevó incluso a interesarse por aquel saber arcano. Cuando el alquimista murió, Vicente pasó a manos de un nuevo amo: un ex sacerdote franciscano de Niza llamado Guillaume Gautier, que había renegado del cristianismo y abrazado el islam para obtener la libertad, algo no inusual entonces. Vicente sirvió a este renegado y a su esposa musulmana. Según cartas escritas después, la mujer empezó a interesarse por la fe de Vicente al ver su piedad silenciosa y su aceptación de la voluntad de Dios incluso en la esclavitud. Le visitaba en los campos y le preguntaba por su religión. Conmovida por su ejemplo, llegó a reprochar a su marido el haber abandonado el cristianismo. Este, tocado en conciencia, decidió escapar con Vicente y volver a Francia. Tras construir en secreto una pequeña embarcación, cruzaron

el Mediterráneo y desembarcaron cerca de Aigues-Mortes el 29 de junio de 1607. Liberado con 26 años, Vicente había sobrevivido a una dura prueba que fortaleció su fe. Aunque algunos historiadores modernos han puesto en duda ciertos detalles por la falta de pruebas, la experiencia del cautiverio sin duda dejó huella en él.

Recuperada la libertad, en 1608 viajó brevemente a Roma para buscar oportunidades eclesiásticas y continuar sus estudios. A principios de 1609 estaba en París, ciudad que sería el principal escenario de su actividad. Allí se alojó en una modesta pensión y vivió con estrecheces mientras buscaba un puesto. La Providencia le puso en el camino a un influyente guía espiritual: el abate **Pierre de Bérulle**, destacado sacerdote (y después cardenal) líder del movimiento oratoriano francés. Bérulle percibió en Vicente un gran potencial de santidad bajo una capa de mundanidad juvenil. Bajo su dirección, Vicente vivió una especie de "segunda conversión": abandonó la búsqueda de beneficios personales para centrarse en la misión que Dios quisiera confiarle. Bérulle le animó a aceptar un puesto como capellán y preceptor en la casa de la poderosa familia de Gondi, convencido de que así pondría en juego sus talentos y entraría en contacto con las necesidades espirituales reales del pueblo.

Así, en 1612 Vicente de Paúl se convirtió en tutor de los hijos de **Felipe Manuel de Gondi** y su esposa **Margarita de Silly**, señora de Gondi, que poseían vastas propiedades rurales. También fue el director espiritual de la señora de Gondi, mujer profundamente piadosa. Este cargo le puso en relación tanto con la alta sociedad francesa (los Gondi estaban emparentados con la realeza) como con los campesinos que trabajaban sus tierras. Vicente se hallaba ahora cómodamente instalado en un entorno aristocrático, muy lejos de su infancia campesina, pero los acontecimientos pronto le encaminarían hacia un rumbo radicalmente distinto que marcaría el resto de su vida.

II. Un corazón transformado: las experiencias de Folleville y Châtillon

Dos incidentes ocurridos en el año 1617 marcaron un punto de inflexión en la vida de Vicente de Paúl, abriéndole los ojos a su verdadera vocación de servir a los pobres y a los espiritualmente abandonados. Estas experiencias —una en la pequeña aldea de Folleville y la otra en la ciudad de Châtillon— provocaron un profundo cambio en el corazón de Vicente, o «conversión dentro de su conversión».

La primera tuvo lugar en enero de 1617, en **Folleville** (Picardía, norte de Francia), en las tierras de los Gondi. Viajando con la señora de Gondi, recibieron aviso de que un campesino se hallaba gravemente enfermo y había pedido desesperadamente un sacerdote para confesarse. Vicente acudió enseguida, escuchó su confesión y le administró los últimos sacramentos. En la conversación posterior, descubrió con consternación que aquel hombre —que había vivido siempre en tierra cristiana— apenas conocía su fe y llevaba años con graves pecados sin confesar, por falta de instrucción y de ánimo para hacerlo. Este hecho impresionó profundamente al padre Vicente. Percibió la gran pobreza espiritual del campo, donde muchas gentes carecían de sacerdote o estaban atendidas por clérigos ignorantes, viviendo y muriendo sin el consuelo ni la guía de la Iglesia.

Pocos días después, el 25 de enero de 1617 (fiesta de la Conversión de san Pablo, una fecha que no pasó desapercibida para Vicente), se sintió obligado a abordar públicamente esta situación. Vicente subió al púlpito de la iglesia del pueblo de Folleville y predicó un sermón encendido sobre la importancia de la confesión sincera, el arrepentimiento y el retorno a Dios. Habló con lenguaje sencillo sobre la misericordia divina y animó a todos a hacer una confesión general de su vida. La respuesta fue extraordinaria: todo el pueblo se conmovió. La gente se acercó en masa, muchos llorando, haciendo fila para confesar los pecados que durante tanto tiempo les habían agobiado. Vicente pasó horas escuchando confesiones, pero hubo que llamar a los sacerdotes de otras localidades para que le ayudaran debido al gran número de penitentes. Esta repentina efusión sorprendió a Vicente. No había imaginado la profundidad del hambre de la Palabra de Dios entre esta gente sencilla. Fue un momento de iluminación para él. En aquella remota iglesia de Folleville, el cómodo capellán se dio cuenta de que **llevar el Evangelio al pueblo llano** era tanto una necesidad inmensa como un mandato personal de Dios. En años posteriores, Vicente solía señalar el sermón de Folleville del 25 de enero de 1617 como el inicio de la misión que finalmente se convirtió en la Congregación de la Misión.

El segundo hecho se produjo meses después, a mediados de 1617, enen el pequeño pueblo de **Châtillon-les-Dombes** (hoy Châtillon-sur-Chalaronne, región de la Bresse, este de Francia). Queriendo poner en práctica su nueva visión, Vicente pidió a Bérulle una parroquia donde poder atender directamente a las almas, y en la primavera de 1617 fue nombrado párroco de Châtillon. Apenas estuvo unos meses, pero lo sucedido dejó huella. Un domingo de verano, mientras se revestía para misa, una feligresa le avisó de que una familia estaba gravemente enferma y sin comida ni cuidados. Vicente aludió a su difícil situación durante su sermón, pronunciando una exhortación improvisada a la congregación sobre el deber de la caridad: instó a los aldeanos a recordar que la verdadera religión debe incluir el amor al prójimo necesitado, y los animó a ayudar a la familia afectada ese mismo día.

Aquella misma tarde, Vicente decidió ir él mismo a visitar a la familia enferma para ver cómo podía ayudar. Mientras caminaba por el camino, se encontró con una escena sorprendente: decenas de aldeanos —hombres, mujeres y niños— se dirigían hacia la cabaña de la familia, llevando cestas con pan, verduras, vino, carne y ropa de cama. Vicente tuvo que abrirse paso entre la multitud reunida en la casa, donde los generosos vecinos ya estaban preparando caldo, dando de comer a los enfermos y ordenando la miserable choza. Aquel torrente de caridad espontánea le llenó de alegría, pero también le hizo darse cuenta de que la buena voluntad, por sí sola, no bastaba; era necesaria la coordinación. Si toda la comida llegaba de golpe, la familia podía verse desbordada un día y pasar hambre al siguiente. Del mismo modo, el entusiasmo inicial podía apagarse si no se organizaba en un esfuerzo sostenible.

Vicente vio en ello la oportunidad de crear algo nuevo: una red organizada de laicos entregados a un servicio caritativo regular. En pocos días, convocó una reunión de un pequeño grupo de mujeres piadosas de Châtillon y les propuso un plan. Así nació lo que Vicente llamó una «**Cofradía de la Caridad**» en la parroquia: en esencia, una asociación laica de mujeres dedicadas a asistir a los pobres y enfermos. El 23 de agosto de 1617 se estableció oficialmente la Cofradía de la Caridad de Châtillon (Vicente nunca olvidó la fecha exacta). Él redactó para ellas una sencilla regla, que incluía un calendario rotativo

para que, cada día, las mujeres asignadas llevaran comidas preparadas a los enfermos, les curaran las heridas, les bañasen y atendiesen, en general, todas sus necesidades. Las integrantes, inicialmente todas mujeres, también reunían fondos para comprar medicinas y otros artículos necesarios. Vicente recalcaba que su servicio debía realizarse con espíritu de humildad y amor, viendo a Cristo en aquellos a quienes cuidaban. Esta pequeña fundación —un sencillo ministerio parroquial— fue, en realidad, algo histórico: se trató de una de las primeras obras caritativas organizadas y formales para mujeres laicas en la Iglesia, un modelo de las innumerables sociedades católicas de caridad que vendrían después. El grupo de Châtillon prosperó bajo el aliento de Vicente. Cabe destacar que su descendiente directo, la Asociación Internacional de Caridades, sigue existiendo hoy, remontando sus orígenes a este momento.

Las experiencias de Folleville y Châtillon, en 1617, transformaron a Vicente de Paúl. Más tarde describiría 1617 como el año en que se ***convirtió a los pobres***. Descubrió que su verdadera vocación era dedicarse a la evangelización y al servicio de los más vulnerables: los pobres material y espiritualmente olvidados. También aprendió una estrategia valiosa: **involucrar a otros** en esta misión, multiplicando así el esfuerzo. En Folleville, había encendido un renacer espiritual entre los campesinos; en Châtillon, había canalizado la compasión hacia una acción organizada. Estas dos dimensiones —la palabra y la obra, la misión y la caridad— serían el doble eje de la vocación de Vicente.

Conviene señalar que la decisión de Vicente de dejar la casa de los Gondi y trabajar en una parroquia rural alarmó a la señora de Gondi, que lo valoraba profundamente como guía espiritual de su familia. Después de apenas unos cinco meses en Châtillon, a finales de 1617, ella logró convencer a Vicente (con el consentimiento de Bérulle) de que regresara a la finca de los Gondi para continuar su ministerio allí. Vicente accedió por obediencia, pero volvió siendo un hombre cambiado. Desde finales de 1617, incluso manteniendo formalmente su cargo de capellán de la familia Gondi, Vicente de Paúl volcó sus energías en iniciativas más amplias en favor de los pobres. La propia señora de Gondi, reconociendo la gracia que actuaba en Vicente, se convirtió en su colaboradora. Con su apoyo económico y su influencia, Vicente comenzó a predicar misiones a los campesinos de las tierras de los Gondi y más allá, y a establecer **Cofradías de la Caridad** en cada lugar para cuidar de los pobres. En los años siguientes se fundaron decenas de estas obras caritativas locales en parroquias rurales de Francia, siguiendo el modelo de la primera en Châtillon. Cabe destacar que a menudo implicaban a mujeres acomodadas o nobles que se turnaban para ayudar personalmente a los pobres, algo notablemente distinto de lo habitual, ya que antes la acción caritativa de las mujeres de clase alta solía limitarse a donar dinero o enviar sirvientes. Vicente había sabido descubrir un profundo manantial de compasión y darle una forma práctica.

Pie de foto: San Vicente de Paúl fundó su primera Cofradía de la Caridad de Señoras en Châtillon y les dio sus reglas. 8 de octubre de 1617.

III. Fundación de la Congregación de la Misión

A medida que la labor misionera de Vicente entre los pobres se expandía, se dio cuenta de que necesitaba una comunidad estable de sacerdotes dedicados a tiempo completo a este apostolado. Hasta ese momento, había trabajado de manera algo informal: aquí y allá, algunos sacerdotes diocesanos le ayudaban en las misiones cuando podían. Pero Vicente imaginaba una compañía de obreros evangélicos que consagraran sus vidas a "llevar la Buena Noticia a los pobres", tal y como él había empezado a hacerlo. Esta intuición condujo a la fundación de la Congregación de la Misión, la congregación religiosa de sacerdotes y hermanos conocida comúnmente como misioneros paúles o lazaristas.

La señora de Gondi y su esposo aceptaron dotar una fundación para sostener los esfuerzos misioneros de Vicente entre la gente pobre del campo. En abril de 1625, gracias a esta dotación de los Gondi, Vicente y un pequeño grupo de tres sacerdotes se reunieron en París y firmaron un documento en el que se comprometían a vivir juntos como comunidad y a dedicarse a la salvación de los pobres. El 17 de abril de 1625, este contrato fue elevado a escritura pública ante notario, y esa fecha se considera a menudo como el inicio formal de la Congregación de la Misión.

Al principio, la pequeña comunidad se reunió en el *Collège des Bons-Enfants* de París. El 25 de enero de 1626 (nueve años exactos después del sermón de Folleville), el grupo hizo promesas mutuas para cumplir los objetivos de la misión. En 1627 recibieron la aprobación papal para su labor de parte del papa Urbano VIII, que la elevó al rango de "Congregación" misionera. El arzobispo de París aprobó formalmente su Regla el 24 de

abril de 1626. Vicente fue designado primer **Superior General** de la Congregación de la Misión, cargo que desempeñaría durante el resto de su vida.

La finalidad de la Congregación era audaz en su sencillez: la **evangelización de los pobres del campo** y la **mejora de la formación del clero**. Vicente y sus compañeros realizaban campañas itinerantes de predicación, llamadas "**misiones**", en pueblos adonde acudían invitados por párrocos o por obispos. Normalmente pasaban varias semanas en un lugar, predicando cada día las verdades básicas de la fe, enseñando el catecismo a niños y adultos, animando a la gente a hacer buenas confesiones, reconciliando enemistades y reformando costumbres. Su enfoque era compasivo y adaptado a la gente sencilla; a diferencia de algunos misioneros anteriores, que adoptaban un tono severo y apocalíptico, Vicente insistía en la suavidad y la comprensión, yendo a encontrarse con las personas allí donde estaban. El efecto de estas misiones era con frecuencia espectacular: pecadores empedernidos se convertían, matrimonios se reconciliaban, se restituían bienes o derechos por injusticias cometidas y se producía un notable impulso de la vida moral y espiritual en aquellas parroquias.

En 1633, la joven comunidad encontró una sede permanente en París. Ese año, el **Priorato de San Lázaro**, en las afueras de la ciudad, fue entregado a la Congregación (el prior de San Lázaro, admirador de la labor de Vicente, cedió la propiedad). San Lázaro había sido un leprosario medieval y era un amplio recinto cerrado: se convirtió en la casa madre de la Congregación de la Misión y en centro de muchos de los proyectos de Vicente. Desde entonces, al pueblo le dio por llamar a los miembros de la Congregación "**lazaristas**" (por San Lázaro). El lugar contaba con una espaciosa iglesia, alojamientos, jardines y salas de reuniones, lo que lo hacía ideal para formar sacerdotes y acoger a los muchos que acudían a Vicente en busca de consejo o de caridad. Bajo su dirección, San Lázaro se convirtió en un núcleo de fervor misionero y también en una especie de "cuartel general de la caridad" en París.

La Congregación de la Misión fue creciendo de forma constante. Sacerdotes talentosos y celosos de distintas partes de Francia se unieron a ella. Vicente les inculcaba un espíritu de humildad, sencillez y caridad como virtudes esenciales. No eran una orden monástica, sino clérigos que vivían en comunidad para un fin misionero. El estilo de liderazgo de Vicente era paternal: firme en los objetivos, pero flexible en los métodos. Les dio como lema ***Evangelizare pauperibus misit me*** ("Me ha enviado a llevar la Buena Noticia a los pobres", Lc 4,18). Otra frase latina que Vicente repetía con frecuencia era ***Totum opus nostrum in operatione consistit*** ("Toda nuestra obra consiste en la acción"), subrayando que el amor de Dios debe expresarse en esfuerzos concretos. Y equilibraba esto insistiendo en que los misioneros fueran hombres de oración: *"Por encima de todo, tened una gran vida interior* —solía decirles—, *porque si os falta la vida interior, os falta todo"*. Les instaba a no descuidar nunca los momentos de meditación, el rezo del Oficio Divino y la lectura espiritual, para que la actividad no les hiciera olvidar la fuente de su fuerza.

En vida de Vicente, los misioneros paúles se extendieron más allá de la región de París a diversas zonas de Francia e incluso al extranjero. Fundaron casas de misión en varias diócesis francesas, a menudo haciéndose cargo de la formación del clero o de circuitos regulares de predicación. Iban allí donde la necesidad era más acuciante. Por ejemplo, en 1642 Vicente envió un equipo a **Roma**, invitado por el papa Urbano VIII, para encargarse de una casa destinada a misiones en los Estados Pontificios. Mandó sacerdotes a **Túnez** y

Argel para atender espiritualmente a los esclavos cristianos de las galeras y colaborar en su rescate (Vicente nunca olvidó a los cautivos cristianos del norte de África, pues él mismo lo había sido). En 1651 envió miembros a **Polonia**, a petición de la reina de aquel país, donde comenzaron misiones y acabaron abriendo casas que atendían a los pobres y formaban a sacerdotes. Quizá lo más arriesgado fue la misión a **Madagascar** en 1648: una empresa inmensa y peligrosa. Un grupo de sacerdotes y hermanos paúles zarpó para evangelizar aquella remota isla, soportando enormes penurias, y muchos, incluido el superior, murieron de enfermedad. Aunque la misión de Madagascar tuvo un éxito limitado en vida de Vicente (daría fruto más adelante), reflejó la universalidad de su visión: no había fronteras para la caridad y la evangelización.

Hacia 1650, la Congregación de la Misión contaba con unos 70 sacerdotes y 20 hermanos en Francia, más los destinados a misiones en el extranjero. A la muerte de Vicente en 1660, se estima que había 25 casas paúles en funcionamiento. En las décadas siguientes crecería aún más: poco antes de la Revolución Francesa, los lazaristas dirigían 53 seminarios mayores y contaban con más de 800 miembros. Vicente, sin embargo, permaneció humilde ante estos logros. En una conferencia a sus sacerdotes en 1658, dijo: *"Nuestra vocación consiste en ir, no a una parroquia, ni sólo a una diócesis, sino por toda la tierra; ¿para qué? Para abrazar los corazones de todos los hombres, hacer lo que hizo el Hijo de Dios, que vino a traer fuego a la tierra para inflamarla de su amor. [...] No me basta con amar a Dios, si no lo ama mi prójimo"*. Estas palabras muestran el fuego que impulsaba a Vicente y el propósito que dio a su Congregación.

En el funeral de Vicente, en 1660, el predicador afirmó que Vicente de Paúl *"prácticamente había transformado el rostro de la Iglesia en Francia"*. Aunque Vicente habría sido el primero en quitar importancia a semejante elogio, es cierto que la Congregación de la Misión —junto con sus otras iniciativas— tuvo un efecto profundo en el catolicismo francés, reavivando la práctica religiosa entre la gente sencilla y elevando el nivel del clero. Ingenioso, afable, práctico y sincero, Vicente tenía una extraordinaria capacidad para conectar con todo tipo de personas e inspirarlas a unirse a la misión del Evangelio. La Congregación de la Misión fue uno de los instrumentos clave de ese legado.

IV. Servicio a los prisioneros de galeras y otras obras de misericordia

Mientras fundaba misiones y cofradías, Vicente de Paúl se implicó en diversas obras de misericordia que demostraron aún más su caridad sin límites. Una de las más conocidas fue su ministerio a los **convictos de las galeras** de Francia. Esto comenzó gracias a su relación con la familia Gondi: el señor de Gondi era General de las Galeras Reales y, en 1618, nombró a Vicente capellán de sus remeros. En aquella época, los condenados eran sentenciados a remar en las grandes naves de la marina francesa. Cuando no estaban en el mar, estos galeotes eran recluidos en condiciones espantosas en las ciudades portuarias: encadenados en mazmorras oscuras y sucias, alimentados apenas con pan y agua, y obligados a yacer en su propia suciedad, cubiertos de llagas y de parásitos. La mayoría, incluso personas de la Iglesia, se apartaba de ellos o los ignoraba como si estuvieran más allá de toda ayuda. Vicente de Paúl, en cambio, veía en ellos almas por las que Cristo había muerto, y prójimos dignos de compasión.

Hacia 1619, Vicente comenzó a visitar la **prisión de galeras en París**, situada en el antiguo complejo del Louvre. El espectáculo le horrorizó: hombres medio desnudos, desnutridos, muchos enfermos o heridos, todos viviendo mísera y desesperadamente. Vicente hizo lo que pocos se atrevían: se arremangó y les atendió directamente. Hablaba con ellos con amabilidad, les escuchaba y les llevaba pequeños consuelos. Les limpiaba y vendaba las llagas y heridas (tarea nauseabunda, pues muchas estaban infectadas por el roce de las cadenas o los azotes). Les repartía comida, sirviendo cuencos de sopa o pan y carne que pedía a sus benefactores. Viendo también sus necesidades espirituales, les invitaba a volver a Dios, pero lo hacía con un tono fraternal y cercano que ganaba su confianza. Criminales endurecidos, violentos y hostiles, eran vistos llorando ante sus palabras o pidiéndole confesión, conmovidos por aquel amor inesperado.

En 1622, el rey Luis XIII nombró oficialmente a Vicente de Paúl **Limosnero Real de Galeras**, un título que reconocía su labor y le daba autoridad para atender a los galeotes de todo el reino. Vicente viajó a los puertos de **Marsella** y **Burdeos**, donde había galeras, para inspeccionar las condiciones y promover mejoras. En Marsella encontró los mismos horrores que en París. Allí fundó una cofradía de mujeres del lugar para asistir a los condenados con alimentos y cuidados. También subió personalmente a las galeras atracadas para hablar con los remeros encadenados. Una historia legendaria (aunque apócrifa) cuenta que Vicente, tan conmovido por un esclavo agotado, tomó su lugar al remo durante un tiempo. Aunque no sea literalmente cierta, esta anécdota simboliza perfectamente el espíritu de solidaridad de Vicente con los más afligidos.

Otra faceta de su ministerio en las prisiones fue la **redención de cautivos**. Con frecuencia los marineros franceses eran capturados por piratas berberiscos. Vicente recaudaba fondos para rescatar a estos cautivos cuando era posible, colaborando con órdenes religiosas como los trinitarios y mercedarios, especializados en la redención de cautivos cristianos. Incluso envió a dos sacerdotes paúles, entre ellos un dinámico misionero llamado François du Coudray, a Túnez y Argel en 1645 como emisarios. Su misión, guiada por Vicente, era atender espiritualmente a los esclavos cristianos en aquellas ciudades y negociar o facilitar rescates. Era una labor extremadamente peligrosa

(uno de los sacerdotes de Vicente fue martirizado en Argel posteriormente), pero mostraba el alcance audaz de su caridad: estaba dispuesto a seguir la llamada de la caridad hasta los confines de la tierra y hasta las mismas fauces de la hostilidad.

Más allá de las galeras, Vicente se volcó prácticamente en toda clase de sufrimiento que se le presentara. En los últimos años de la década de 1620 y en los 30, por ejemplo, una serie de inviernos duros y malas cosechas provocaron **hambrunas** en partes de Francia. Vicente organizó una ayuda a gran escala. Entre 1639 y 1640, cuando la región de Lorena quedó devastada por una combinación de hambre y los saqueos de las tropas durante la Guerra de los Treinta Años, Vicente dirigió desde París una inmensa operación de socorro. Recaudó donaciones de los ricos de la capital, reuniendo lo que hoy equivaldría a millones de euros, y envió convoyes de grano, vino y carne hacia el este. Escribía cartas coordinando equipos de sacerdotes y de Hijas de la Caridad para repartir alimentos en los pueblos más afectados y para montar comedores y refugios. Se calcula que entre 1639 y 1643 Vicente canalizó más de 1,5 millones de libras (una suma enorme para la época) en ayuda a las regiones devastadas por la guerra. Esta labor salvó a miles de la inanición y dio a Vicente un gran prestigio: incluso oficiales de los ejércitos sueco y español dejaron pasar algunos de sus convoyes al saber que eran "para la caridad de *Monsieur Vincent*".

Uno de los grupos necesitados a los que Vicente prestó especial atención fueron los **niños abandonados**. El París del siglo XVII tenía una elevada mortalidad infantil y muchos bebés nacidos fuera del matrimonio o en pobreza extrema. Estos recién nacidos eran abandonados con frecuencia en las puertas de las iglesias o, peor aún, dejados morir. Conmovido por esta realidad, Vicente y las Damas de la Caridad tomaron cartas en el asunto. Hacia 1638, Vicente se encontró con un recién nacido abandonado en una calle, destinado a morir de frío. Lleno de indignación y compasión, planteó el asunto a las Damas de la Caridad en París. Predicó en las iglesias sobre la situación de estos inocentes, tocando las conciencias. Las Damas, bajo su dirección, iniciaron un **ministerio para los expósitos**. Alquilaban una pequeña casa donde recibían a los bebés que les llevaban, contrataban nodrizas o madres de acogida para alimentarlos y cuidarlos (pues no existían leches artificiales y la única forma de mantener vivo a un lactante era con leche materna). Esta labor era muy costosa y a menudo desgarradora. En un momento dado, el número de bebés que recibían creció tanto y los gastos eran tan elevados que las Damas comenzaron a temer por la viabilidad del proyecto. Habían acogido a docenas de niños, proporcionándoles leche, medicinas y, más adelante, aprendizajes para los mayores, pero los fondos se agotaban y algunas voces sostenían que era insostenible. Según un relato, al oír que las Damas consideraban abandonar la obra, Vicente pronunció en 1640 un encendido discurso que avergonzó e inspiró a la asamblea a donar lo suficiente para mantener abierta la Casa de Expósitos. Les dijo que aquellos pequeños eran los *"más pequeños hermanos"* de Jesús y que abandonarlos equivaldría a un asesinato. Sus palabras encontraron eco. Las donaciones llegaron y la obra continuó. Las Hijas de la Caridad acabarían asumiendo la gestión diaria de la casa, y hacia 1670 atendían a cientos de niños cada año.

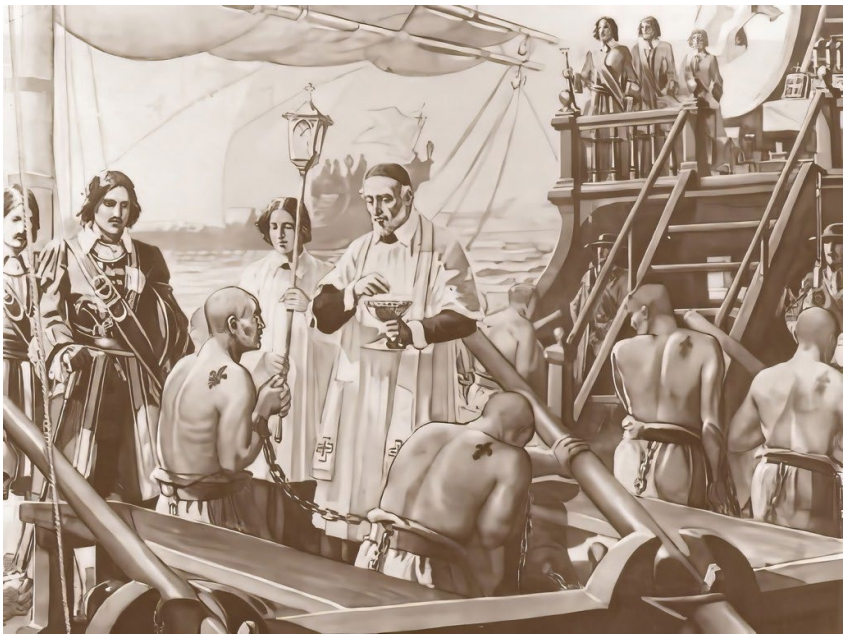
Vicente también se ocupó de los **enfermos mentales**, que a menudo estaban encadenados en cárceles o vagaban por las calles. En San Lázaro reservó un edificio para alojar a un grupo de hombres con trastornos mentales, dándoles techo y cuidados básicos, en lo que fue uno de los primeros pequeños asilos para el trato humano de estas

personas. A veces se refería a ellos afectuosamente como *nuestros pobres afligidos* e insistía en que se les tratara con amabilidad, no como a animales.

Además, Vicente apoyó la creación de las **Damas de la Caridad del Hôtel-Dieu de París**. El Hôtel-Dieu era el principal hospital de la ciudad, que atendía a los enfermos pobres, y era tristemente famoso por su hacinamiento e insalubridad. Hacia 1634, Vicente ayudó a reunir a unas 200 mujeres de la alta sociedad parisina para que se turnaran como voluntarias en el hospital, cuidando a los enfermos, lavando ropa y llevando comida de mejor calidad. Les dio una regla y aliento espiritual, reforzando lo que podría considerarse el primer cuerpo de voluntarias hospitalarias.

De los prisioneros a los huérfanos, de los refugiados a las personas con discapacidad, apenas hubo en la Francia de Vicente un grupo sufriente al que no tratara de ayudar. A menudo lo hacía de forma indirecta, empoderando a otros, un aspecto clave de su método. Tenía un talento notable para organizar a personas de diferentes estratos sociales para trabajar juntas por una causa. Por ejemplo, para sostener sus múltiples obras de caridad, Vicente cultivó relaciones con aristócratas e incluso con miembros de la familia real, asegurando donaciones y respaldo político. Al mismo tiempo, insistía siempre en que el servicio real —visitar a los pobres, dar de comer al hambriento— debía implicar un encuentro personal, no solo una contribución económica. Esta forma de entender el servicio significaba que, tanto si se era duquesa como sirvienta, al entrar en la puerta de un hospital de caridad o en una choza de pobres para servir, todos estaban en pie de igualdad como siervos de Cristo.

Las obras de misericordia de Vicente iban más allá del socorro inmediato: también le preocupaba el bienestar espiritual a largo plazo de los que atendía. A menudo organizaba misiones o catequesis junto con la ayuda material. Por ejemplo, cuando enviaba ayuda a las regiones devastadas por la guerra, también mandaba sacerdotes misioneros para predicar y restablecer los sacramentos allí, reparando el tejido tanto del cuerpo como del alma.



Vicente de Paúl distribuye la comunión a los prisioneros de las galeras. Ilustración de Jean-Loup Chamet. *Fuente: Archivo de imágenes DePaul. Mejorada digitalmente.*

V. Las Hijas de la Caridad y el papel de la mujer en la misión de Vicente

Uno de los legados más importantes de san Vicente de Paúl es la fundación de las **Hijas de la Caridad**, un modelo entonces nuevo de vida religiosa femenina dedicada al servicio activo «en el mundo». Esta congregación, cofundada con **santa Luisa de Marillac**, revolucionó la participación de la mujer en el ministerio y ha tenido un impacto incalculable en la sanidad, la educación y la acción social a lo largo de los siglos.

Las raíces de las Hijas de la Caridad se encuentran en las Cofradías de la Caridad de Vicente. Como ya se ha mencionado, estos grupos parroquiales estaban formados inicialmente por mujeres del lugar (a menudo de cierta posición social) que se ofrecían como voluntarias para cuidar a los enfermos pobres. En pueblos pequeños, eso era suficiente. Pero en París y en las grandes ciudades, la magnitud de la pobreza era tal que las damas voluntarias —muchas de ellas aristocráticas o burguesas— no podían encargarse personalmente de todas las tareas. Con frecuencia donaban dinero y enviaban a sus criadas a repartir sopa o a vendar heridas. Vicente percibió un problema: aunque las damas tenían buena voluntad y recursos, a veces les faltaba tiempo o habilidades prácticas para un cuidado de enfermería detallado, y sus criadas carecían de motivación espiritual o formación para hacerlo bien. Muchas tareas (curar llagas, lavar a pacientes demacrados, cambiar ropa de cama sucia) resultaban desagradables y eran realizadas de mala gana por una sirvienta obligada.

La solución de Vicente y Luisa fue imaginativa: *¿por qué no reclutar a jóvenes humildes y trabajadoras de origen campesino —con resistencia física y saber práctico— y formarlas en un cuerpo de «sirvientas de los pobres» a tiempo completo?* Estas mujeres estarían motivadas por el amor a Dios y al prójimo, recibirían formación espiritual y serían coordinadas por alguien capaz de instruirlas y supervisarlas.

Providencialmente, Vicente tenía a su lado a la cofundadora perfecta para tal iniciativa: **Luisa de Marillac**. Luisa era una viuda culta y piadosa de París que había buscado la dirección espiritual de Vicente hacia 1625. Nacida fuera del matrimonio en el seno de una familia noble, casada con un funcionario que murió joven y con un hijo a su cargo, Luisa afrontó muchas dificultades. Vicente se convirtió en su mentor y confesor, ayudándola poco a poco a discernir que podía servir a Dios colaborando en sus obras de caridad. Hacia 1630, Vicente confiaba a Luisa de Marillac la visita y organización de las Cofradías de la Caridad en París y fuera de la ciudad. Demostró ser extraordinariamente capaz: devota, pero también inteligente, con dotes administrativas y una profunda empatía. Viajaba a parroquias rurales para ayudar a fundar nuevas Cofradías y ofrecer orientación directa a las ya existentes.

Fue Luisa quien ayudó a Vicente a comprender que podía formarse un nuevo tipo de hermandad. Hacia 1633, comenzaron a reunir a algunas jóvenes campesinas que habían llegado a París con el deseo de servir a Dios y a los pobres. Una de las pioneras fue **Margarita Naseau**, una muchacha pobre del campo que había aprendido a leer por sí misma, enseñaba catecismo a los niños y se ofreció al servicio de Vicente (Margarita murió en 1633, cuidando a una víctima de la peste; fue, en la práctica, la primera Hija de la Caridad que dio su vida en el servicio, incluso antes de que la Compañía se fundara

formalmente). El 29 de noviembre de 1633, Luisa de Marillac invitó a varias candidatas a reunirse en su propia casa. Esta fecha se considera la fundación de la **Compañía de las Hijas de la Caridad**. Comenzaron a vivir juntas en comunidad bajo la dirección de Luisa, recibiendo formación básica en enfermería, cocina y en el espíritu que Vicente les proponía.

Vicente les dio una descripción sorprendente de su vocación: a diferencia de las monjas, que estaban enclaustradas y dedicadas a la oración apartadas del mundo, estas mujeres tendrían *por monasterio solo las casas de los enfermos, por celda una habitación alquilada, por capilla la iglesia parroquial, por clausura las calles de la ciudad o las salas de los hospitales, por reja la obediencia y por velo la santa modestia*. En otras palabras, su convento sería el mundo de los pobres. Esto supuso una ruptura radical con las normas eclesiales. En aquel tiempo, todas las mujeres en vida religiosa emitían votos solemnes y vivían estrictamente en clausura (encerradas en sus conventos). El Concilio de Trento había prohibido, de hecho, la creación de nuevas congregaciones femeninas no enclaustradas. Vicente conocía esta restricción. Para sortearla, él y Luisa estructuraron a las Hijas de la Caridad de forma innovadora: no emitían votos perpetuos, sino votos privados anuales de pobreza, castidad y obediencia, renovables cada año. Técnicamente, seguían siendo parte del laicado, no «religiosas» canónicas obligadas a la clausura. Vestían un hábito sencillo, básicamente un traje campesino modificado: un sayal de lana gris azulado con un tocado blanco (que más tarde evolucionaría hasta el característico cornette alado que se convirtió en su emblema). Al principio no se las llamaba «hermana», sino *«la sœur servante»* (la hermana sirviente) o simplemente «Hija de la Caridad».

Al comienzo eran solo unas pocas Hijas. Vicente les daba conferencias semanales, inculcándoles las virtudes necesarias: humildad, sencillez y, sobre todo, caridad. Les enseñaba a ver a Cristo en los pobres y a tratar incluso los casos más repulsivos con respeto y ternura. Luisa, por su parte, les enseñaba habilidades prácticas: cómo curar heridas, preparar sopas nutritivas, gestionar un almacén e incluso nociones básicas de lectura para rezar y leer recetas médicas.

La necesidad de sus servicios era inmensa, y su número creció. Las Hijas de la Caridad pronto asumieron muchas de las tareas que las Damas de la Caridad habían iniciado, pero que no podían mantener solas. En 1636 comenzaron a trabajar en el hospital Hôtel-Dieu, cuidando a cientos de pacientes en condiciones extremas. También fueron enviadas a atender a soldados heridos en los campos de batalla de la Guerra de los Treinta Años, como en el sitio de Arras en 1658, donde los testigos se asombraban de ver a estas mujeres con vestimenta modesta atender sin miedo a los moribundos. Servían a los forzados de galeras en el hospital que Vicente había establecido, limpiando sus llagas y administrándoles medicinas. Recorrían la ciudad para encontrar y atender a enfermos confinados en casa y a mendigos. Gestionaban el hospital de expósitos fundado por Vicente, actuando como madres de crianza de decenas de huérfanos. También abrieron pequeñas escuelas para niñas pobres, enseñándoles catecismo y habilidades básicas.

Luisa de Marillac fue la primera superiora (aunque siempre reconoció a Vicente como el «padre» de la comunidad). Bajo su liderazgo, suave pero firme, las Hijas desarrollaron una rutina estructurada: oración comunitaria (asistían a misa diaria y rezaban juntas por la mañana y por la tarde cuando era posible), conferencias espirituales periódicas y mutuo

apoyo. Luego dedicaban muchas horas al trabajo. Salían de dos en dos para visitar a los pobres en sus casas, un sistema que ofrecía apoyo moral y garantizaba responsabilidad.

Vicente y Luisa insistían en que las hermanas debían estar interiormente arraigadas en Dios para sostener el arduo trabajo. No vivían en clausura, pero se esperaba de ellas que cultivaran un «claustro interior» de devoción en medio de la actividad. Vicente las tranquilizaba diciéndoles que, si debían interrumpir la oración programada porque el deber las llamaba —por ejemplo, si un pobre necesitaba sopa o un niño lloraba en el momento de rezar—, no debían sentirse culpables, pues *«dejar a Dios por Dios»* era a veces necesario. Con ello quería decir dejar la oración contemplativa por la oración activa, ya que ambas eran servicio al Señor.

Dicho esto, Vicente no restaba importancia a la oración formal. Creía que la fuerza para servir bien nacía de momentos explícitos de comunión con Dios. Decía a las Hijas que, si dejaban de rezar con la excusa del trabajo, acabarían trabajando sin amor y, con el tiempo, abandonarían la obra. Solía elevar breves invocaciones durante el día, pequeñas «oraciones jaculatorias» como «Dios mío, ayúdanos» o «Te adoramos, Señor, en el pobre». Mantenía un ambiente de recogimiento incluso en plena actividad.

En 1642, varias de las Hijas más veteranas pronunciaron votos juntas por primera vez (votos simples anuales, como se ha dicho). Las autoridades eclesiásticas, inicialmente escépticas, fueron reconociendo poco a poco que se trataba de una auténtica vocación y no de una violación de las normas. El arzobispo de París aprobó su regla en 1646. Tras la muerte de Vicente, la comunidad recibiría el reconocimiento pontificio pleno en 1668. Pero incluso en vida de Vicente, las Hijas de la Caridad se convirtieron en una fuerza importante en Francia. Las vocaciones llegaban con regularidad, a menudo muchachas campesinas recias que querían servir a Dios sin entrar en un claustro tradicional. Hacia 1655, existían unas 40 casas (comunidades locales) de Hijas en distintas ciudades, y varios centenares de hermanas. El modelo tuvo tanto éxito que inspiró imitaciones e influyó en muchas congregaciones posteriores (por ejemplo, en el siglo XIX, varias «Hermanas de la Caridad» en distintos países se inspiraron directamente en la regla de las Hijas).

De forma decisiva, las Hijas de la Caridad redefinieron el papel de la mujer en el apostolado de la Iglesia. Vicente les ofreció una vía respetable y aprobada por la Iglesia para vivir activamente las obras de misericordia en las calles, algo inaudito en aquella época.

El pueblo sencillo pronto las identificó y apreció. Las llamaban «las hermanas grises» o «las hijas del señor Vicente». Los pobres las veían como ángeles de misericordia. Durante las pestes o hambrunas, cuando todos huían, ellas permanecían, arriesgando la vida para cuidar a los afectados. Muchas murieron jóvenes a causa de enfermedades y agotamiento, verdaderas mártires de la caridad. Vicente lloraba estas pérdidas, pero las presentaba como ejemplos de santa entrega. Cuando Vicente murió en 1660, las Hijas de la Caridad ya eran una comunidad bien asentada, aunque aún en evolución. Luisa de Marillac continuaría guiándolas hasta su propia muerte, apenas unos meses después de la de Vicente.

Para san Vicente de Paúl, las Hijas de la Caridad fueron, en muchos aspectos, la culminación de sus obras caritativas. A través de ellas, su misión de servicio adquirió una

vida permanente y siempre renovada. Había abierto la posibilidad de que las mujeres compartieran de igual a igual la labor misionera y caritativa de la Iglesia, algo que ha dado abundantes frutos durante siglos.

Las Hijas de la Caridad encarnaron el lema de Vicente de que *la caridad es infinitamente inventiva*. Él y Luisa hallaron una forma creativa de atender las necesidades de los pobres movilizando a un nuevo tipo de fuerza laboral: mujeres consagradas en las calles. Esto no solo aumentó enormemente la eficacia de la caridad, sino que dignificó el papel de la mujer como compañera esencial en la misión salvífica de la Iglesia. Vicente se refería a menudo a ellas con cariño como «mis hijas» y las respetaba profundamente. Poco antes de su muerte, les dejó como encargo que fueran por todos los caminos adonde las llamara la obediencia y que recordaran que, *al servir a los pobres, servían a Jesucristo*. Este mensaje sigue resonando en sus corazones hasta el día de hoy.

VI. Reforma del clero y formación de los sacerdotes

El celo de san Vicente de Paúl por renovar la Iglesia se extendía no solo al cuidado de los laicos, sino también a la reforma del clero. Entendía que muchos de los problemas a los que se enfrentaban los fieles —como la ignorancia generalizada de la fe o la falta de atención pastoral— tenían su raíz en un clero mal formado y, en ocasiones, corrupto. Por ello, una parte fundamental de la misión de Vicente pasó a ser la **formación de los sacerdotes** y la mejora de su vida espiritual. Este aspecto de su labor tuvo un impacto más discreto, entre bastidores, pero fue de enorme importancia para la salud a largo plazo de la Iglesia.

A comienzos del siglo XVII, los decretos del Concilio de Trento sobre la creación de seminarios para la formación de sacerdotes aún no se habían aplicado por completo en Francia. Algunas diócesis contaban con seminarios, pero, debido a guerras y problemas económicos, muchas no los tenían o los que había funcionaban mal. Muchos sacerdotes en parroquias rurales apenas tenían formación; tal vez conocían algo de latín y teología por aprendizaje práctico, pero carecían de una formación sistemática. La disciplina era con frecuencia laxa: algunos clérigos eran mundanos, incluso escandalosos, acumulando beneficios eclesiásticos para obtener ingresos y descuidando a sus feligreses. Incluso los sacerdotes bien intencionados solían sentirse aislados y mal preparados.

Vicente de Paúl abordó este problema desde varios frentes:

1. **Retiros para ordenandos**: En 1628, el clero de París debatía cómo garantizar que los candidatos al sacerdocio estuviesen debidamente preparados. Lo habitual era que un hombre fuese ordenado tras algunos estudios, pero sin haber pasado por un seminario formal. Vicente propuso que, antes de la ordenación, los candidatos hicieran un retiro —un tiempo intenso de oración, reflexión e instrucción— para prepararse espiritualmente para recibir el Orden Sagrado. El obispo de Beauvais invitó a Vicente a dirigir el primer retiro de este tipo para los ordenandos de su diócesis en septiembre de 1628. Vicente reunió a los futuros sacerdotes y dirigió un retiro de diez días que combinaba exhortaciones espirituales, enseñanzas sobre las virtudes y deberes sacerdotales y oportunidades para la confesión y la reflexión. La experiencia fue un éxito: los jóvenes salieron más conscientes de la santidad de su ministerio y mejor instruidos en cuestiones básicas como celebrar la Misa con devoción o catequizar a los fieles. La noticia se difundió y pronto otros obispos, incluido el de París, pidieron a Vicente que hiciera lo mismo. Estos "retiros para ordenandos" se convirtieron en una oferta habitual de la Congregación de la Misión. Se celebraban en San Lázaro y, más tarde, en otras casas vicencianas, varias veces al año, coincidiendo con las grandes épocas de ordenaciones (como la solemnidad de la Trinidad o las Témporas). En cada sesión podían participar cientos de ordenandos. Vicente o uno de sus sacerdotes ofrecían charlas sobre la santidad del sacerdocio, la importancia del breviario y de la Misa, y las responsabilidades de un párroco. Los participantes también recibían los sacramentos, a menudo haciendo una confesión general de su vida como parte del retiro. El objetivo era grabar en ellos la gravedad y la belleza de su

vocación.
El éxito de estos retiros fue notable: muchos jóvenes ordenandos salían con un renovado sentido de la sacralidad de su ministerio y con conocimientos prácticos que no habían recibido en su deficiente formación. Según todos los datos, los vicencianos dirigieron retiros de ordenación a más de 12.000 candidatos durante la vida de Vicente, lo que suponía una parte enorme del clero francés de la época. Numerosos testimonios hablan de sacerdotes que, años después, atribuían al retiro de ordenandos un cambio de perspectiva y el sostén de su fervor en los primeros años de ministerio.

2. **Fundación de seminarios**: Aunque los retiros eran una solución inmediata, Vicente sabía que era necesaria una formación más profunda, tanto académica como espiritual. Fue pionero en la creación de seminarios o en influir en su desarrollo. Hacia 1635, Vicente asumió la dirección del colegio de Bons-Enfants en París. Inicialmente lo utilizó como escuela para jóvenes con vocación sacerdotal pero sin formación, funcionando en la práctica como un seminario menor. En 1642, adquirió otra casa, cerca de San Lázaro, para establecer el Seminario de San Carlos para estudiantes de filosofía (una especie de seminario menor para quienes cursaban humanidades).
Fuera de París, los obispos empezaron a pedir a Vicente que enviara misioneros para ayudar a dirigir seminarios diocesanos. Por ejemplo, en 1641 el obispo de Annecy invitó a los paúles a dirigir allí el seminario siguiendo el método de Vicente. Sus equipos asumieron también seminarios en Le Mans, Saintes, Agde, Troyes y otros lugares, a petición de los obispos. Vicente era selectivo —no tenía suficientes sacerdotes para atender todas las solicitudes—, pero procuraba responder donde la necesidad era más urgente.
Además, su concepto de seminario no se limitaba a la enseñanza académica, sino que incluía una sólida formación espiritual y práctica. En los seminarios dirigidos por los paúles, los alumnos seguían un horario disciplinado de oración, estudio, trabajo manual y prácticas pastorales supervisadas (como enseñar catequesis a niños o visitar enfermos bajo orientación). Vicente creía que un sacerdote debía estar tan formado en virtud como en doctrina.
Un paso intermedio que promovió fue la creación de “seminarios para ordenandos”: un programa residencial breve para quienes ya habían terminado los estudios de teología, pero necesitaban una preparación inmediata para la ordenación. Estos podían durar unos meses e incluían el aprendizaje de habilidades prácticas (predicación, administración de sacramentos, etc.) y el fomento de la vida de piedad. Con el tiempo, estos programas evolucionaron hasta convertirse en seminarios más largos, de varios años, en algunos casos bajo dirección de la Congregación de la Misión.
Para medir el impacto de Vicente en este asunto, digamos que, a su muerte, la Congregación de la Misión dirigía directamente 11 seminarios mayores en Francia. Antes de sus esfuerzos, menos de la mitad de las diócesis francesas tenían seminario; hacia la década de 1660, muchas contaban con uno, y los paúles estaban en primera línea de este crecimiento. Hacia 1700 (una generación después), misioneros paúles dirigían hasta 53 seminarios mayores y 9 menores en Francia, aproximadamente un tercio del total del país. Es un impacto asombroso en la formación del clero.

3. **Formación espiritual continua – Conferencias de los martes**: Vicente también comprendió que la formación no debía terminar con la ordenación. Incluso los buenos sacerdotes necesitaban apoyo mutuo y ocasiones para reavivar su fervor. Así, en 1633 organizó lo que se conoció como las "Conferencias de los martes". Eran reuniones semanales abiertas a cualquier sacerdote de París que quisiera asistir (inicialmente se celebraban los martes, de ahí el nombre). En San Lázaro, se reunían grupos de sacerdotes —a veces 20, otras hasta 60— para tratar temas concretos de la vida sacerdotal: cómo predicar de manera sencilla, cómo confesar bien, cómo cultivar la virtud personal, etc. Vicente moderaba las conversaciones, que eran algo informales pero con rigor espiritual. Cada sacerdote podía intervenir, compartiendo experiencias o ideas sobre el tema tratado. También rezaban juntos y concluían con resoluciones prácticas.
   Las Conferencias de los martes atrajeron a participantes ilustres, prueba del respeto que Vicente inspiraba. El gran Jacques-Bénigne Bossuet, famoso orador y después obispo de Meaux, asistió de joven sacerdote y reconoció que le ayudaron a formar su visión pastoral. Otros clérigos notables y futuros obispos asistían con regularidad. Más importante aún, párrocos corrientes de París acudían y encontraban fraternidad, consejos prácticos y renovación espiritual. La influencia de estas conferencias se extendió fuera de París: sacerdotes que habían asistido a ellas a veces organizaban encuentros similares en sus regiones.
   Además, Vicente abría San Lázaro a cualquier sacerdote que quisiera hacer un retiro personal o necesitara descanso espiritual. Aceptaba incluso a sacerdotes caídos en pecado grave o con problemas de alcoholismo para que pasaran un tiempo con los misioneros y renovaran su vida, un gesto de caridad ya que muchos consideraban a esos clérigos irrecuperables. Algunos lograron su conversión y regresaron renovados a sus parroquias.

El efecto acumulado de todos estos esfuerzos fue una **notable mejora de los estándares clericales** en Francia hacia mediados de siglo. Un resultado concreto: en muchas parroquias, los fieles empezaron a tener sacerdotes que realmente se ocupaban de ellos, predicaban de forma comprensible y llevaban una vida moralmente íntegra. Esto contribuyó a contrarrestar el avance del protestantismo y el rigorismo jansenista, pues los sacerdotes formados bajo la influencia de Vicente solían ser más compasivos y ortodoxos. En cierto modo, Vicente de Paúl anticipó el ideal moderno del sacerdote diocesano: bien instruido, espiritualmente devoto y socialmente comprometido.

La humildad de Vicente brillaba en todo esto. A pesar de ser uno de los sacerdotes más influyentes de Francia, siempre se presentaba como un hombre sin letras en teología (lo que no era del todo cierto). A menudo invitaba a clérigos más eruditos a dar conferencias o sermones a los seminaristas si creía que podían hacerlo mejor. Su interés estaba en los frutos, no en el mérito personal.

Además, mantenía una actitud de obediencia a los obispos. Los paúles hacían un voto especial de estabilidad y obediencia al Papa en materia de misiones, pero Vicente insistía en que siempre trabajasen bajo la autoridad del obispo local en cada diócesis. Esta colaboración con la jerarquía hizo que sus reformas se integraran y no se vieran como una amenaza o competencia.

Conviene destacar su postura contra la herejía del jansenismo (un movimiento rigorista dentro del catolicismo francés que, entre otras cosas, desaconsejaba la comunión frecuente y subrayaba la predestinación). El jansenismo atraía a algunos clérigos como una llamada a la austeridad, pero Vicente percibía su falta de caridad y su incompatibilidad con la doctrina de la Iglesia sobre la gracia. Durante las décadas de 1640 y 1650 fue un firme opositor del jansenismo. En 1653, tras condenar el papa Inocencio X ciertas proposiciones jansenistas, Vicente trabajó incansablemente para que el clero de Francia firmara el formulario de rechazo. Algunos sacerdotes, e incluso un paúl, se sintieron atraídos por su rigor; Vicente trató de corregirlos con paciencia. Su actuación en esta crisis mostró aún más su compromiso con un clero sano, unido y fiel a Roma.

Al final de su vida, entre el clero francés reinaba un nuevo espíritu: santidad personal, sencillez de vida, celo pastoral y comunión con la Iglesia. Esta renovación daría fruto en la siguiente generación con obispos como Bossuet y Fénelon, y misioneros que llevarían el Evangelio al extranjero (algunos formados en seminarios vicencianos). No es exagerado decir que Vicente de Paúl fue uno de los arquitectos del renacimiento católico del siglo XVII en Francia, tanto en obras de caridad como en reforma eclesial.

Las Conferencias de los Martes.

VII. Últimos años y muerte

En la fase final de su vida, Vicente de Paúl —ya ampliamente venerado como *Monsieur Vincent*— continuó guiando y expandiendo las obras que había fundado, incluso cuando su salud física comenzaba a debilitarse. Las décadas de 1640 y 1650 fueron años turbulentos en Francia (con una revuelta civil conocida como la Fronda y guerras continuas), y Vicente actuó a menudo como figura estabilizadora y conciliadora, buscada por todas las partes para recibir consejo. A pesar de su bajo rango —nunca fue obispo,

sino un simple sacerdote—, terminó ejerciendo una enorme influencia tanto en asuntos eclesiásticos como civiles debido a la autoridad moral que había ganado.

En 1643, murió el rey Luis XIII y su esposa, Ana de Austria, asumió la regencia del joven Luis XIV. La reina, reconociendo la fama de santidad y sabiduría de Vicente, lo nombró miembro del **Consejo de Conciencia**, un reducido grupo asesor encargado de proponer candidatos para obispados y grandes beneficios eclesiásticos. Normalmente, este consejo solía estar compuesto por personas designadas por motivos políticos, pero Ana incluyó deliberadamente a Vicente para asegurarse de que sus nombramientos se basaran en el mérito y la virtud, y no únicamente en el linaje noble o el favoritismo. Para Vicente, este era un papel delicado. Lo asumió con gran seriedad, esforzándose por identificar sacerdotes santos y competentes que pudieran ser nombrados obispos. Defendió, por ejemplo, la designación de reformadores respetados como **Monseñor François Bourgoing** u otros con probada trayectoria de santidad. En varias ocasiones, Vicente se opuso a candidatos promovidos por ministros poderosos si sabía que no eran dignos, incluso a riesgo personal.

Esto lo llevó a entrar en conflicto con el cardenal **Julio Mazarino**, primer ministro de Francia. Mazarino era más cínico en su forma de abordar los nombramientos episcopales, utilizándolos a menudo como recompensas políticas. En un momento dado, en 1649, Vicente firmó, junto con otros miembros del Consejo de Conciencia, una protesta formal dirigida a la reina Ana en la que criticaban el gobierno de Mazarino y pedían su destitución (en plena tensión por la revuelta de la Fronda). Este acto valiente reflejaba la disposición de Vicente a decir la verdad al poder cuando estaban en juego la justicia y la paz. Mazarino no aceptó de buen grado tal interferencia. Una vez recuperada su influencia, Mazarino maniobró para que Vicente fuese retirado del Consejo de Conciencia hacia 1652, reemplazándolo por alguien más complaciente. Vicente aceptó esta destitución sin resistencia —de hecho, se sintió aliviado de liberarse del peso de la política cortesana—. Siempre se había sentido incómodo en medio de las intrigas palaciegas y solo las había soportado como una cruz por el bien que podía hacer. Una vez apartado, se volcó con más ímpetu aún en sus ministerios.

La última década de su vida estuvo marcada tanto por grandes pruebas como por importantes logros. La agitación de la Fronda dejó a muchos parisinos empobrecidos y hambrientos. Vicente movilizó ingentes recursos de caridad para asistir a refugiados y a los pobres de la ciudad que sufrían el desempleo y el alza de los precios del grano. Llegó incluso a organizar la distribución de pan en los barrios más castigados de París y a enviar ayuda a provincias devastadas.

Al mismo tiempo, combatió la expansión del jansenismo en la Iglesia de Francia. Un episodio particularmente doloroso fue el del convento de Port-Royal y sus partidarios, inclinados hacia el jansenismo. Vicente fue un firme firmante del formulario anti-jansenista y animó a todos los sacerdotes y religiosos bajo su dirección a adherirse igualmente a las enseñanzas del Papa. Escribió cartas a diversos abades y clérigos para persuadirles de abandonar la postura jansenista por el bien de la unidad de la Iglesia. El futuro papa Benedicto XIV (Prospero Lambertini) señalaría más tarde que los constantes esfuerzos de Vicente contra el jansenismo fueron un factor clave para contener su influencia entre el clero común.

En lo físico, Vicente padecía un deterioro creciente de salud en la década de sus setenta años. Sufría de úlceras crónicas en las piernas (probablemente varicosas) que le dificultaban caminar y, en ocasiones, lo mantenían en una silla de ruedas primitiva (en San Lázaro usaban un modelo rudimentario para moverlo cuando sus piernas estaban vendadas). También tenía problemas estomacales y probablemente artritis, lo que le causaba un dolor considerable. Aun así, mantuvo un ritmo de trabajo intenso casi hasta el final. Se levantaba temprano (a las 4 o 5 de la mañana) para orar, celebraba Misa cuando podía (en los últimos años a menudo debía hacerlo sentado, ya que estar de pie le resultaba demasiado doloroso) y luego mantenía reuniones, escribía cartas y recibía visitas a lo largo del día. Contaba con ayuda, por supuesto —su comunidad lo cuidaba con cariño—, pero se negaba a dejar que el dolor o la edad le impidieran seguir trabajando por Dios mientras hubiera almas en juego. Una carta de un visitante en 1657 lo describe así, a los 76 años: *«El buen Señor Vicente, encorvado por la edad, con el rostro radiante y amable, recibía en audiencia a una fila de personas: un pobre mendigo, una dama noble, un sacerdote, un niño... cada uno pasaba por turno y él tenía una palabra y una bendición para cada uno. Era como si la caridad misma se hubiera hecho visible».*

En uno de sus últimos días activos, Vicente se presentó cojeando en una reunión de sus misioneros y los exhortó a permanecer fieles al espíritu fundacional, especialmente en la humildad y la sencillez. Si alguno se sentía tentado al orgullo por los elogios recibidos a su labor, les advirtió que atribuyeran todo a la gracia de Dios y no a su propia capacidad. Muchos de los presentes se emocionaron hasta las lágrimas, sintiendo que Vicente hablaba como si dejara un testamento espiritual.

En septiembre de 1660, quedó claro que Vicente estaba muriendo. Luisa de Marillac había fallecido seis meses antes, en marzo, lo que supuso para él un golpe muy duro. Comentó a alguien: *«Se me ha ido el brazo derecho»*, aludiendo a lo estrechamente que había trabajado con ella. Vivió lo suficiente para ver el nombramiento de una nueva superiora para las Hijas de la Caridad y para asegurar la sucesión en la Congregación de la Misión (había designado como sucesor al padre René Alméras, que efectivamente lo sucedió tras un breve período interino). Vicente mantuvo la lucidez mental, continuando hablando de la providencia de Dios y rezando los salmos.

En sus últimas noches, postrado en cama en San Lázaro, los misioneros se reunían en silencio fuera de su habitación para rezar por él. En la madrugada del **27 de septiembre de 1660**, a los 79 años, san Vicente de Paúl falleció apaciblemente. Se dice que murió como había vivido: con mansedumbre y pensando en los demás. Según un testimonio, sus últimas palabras audibles fueron la oración: *«Jesús, Jesús, Jesús»*.

La noticia de su muerte se extendió rápidamente y, de inmediato, personas de toda condición comenzaron a lamentarla. Los pobres de París sintieron que habían perdido a su padre. Las Hijas de la Caridad lloraron a *Mon Père* (mi padre, como lo llamaban). Los misioneros paúles perdieron a su fundador y guía. Las autoridades, tanto eclesiásticas como civiles, reconocieron que había muerto un santo. Su funeral se celebró el 28 de septiembre en la iglesia de San Lázaro. Tal fue la multitud que quiso asistir que hubo que pronunciar varios elogios fúnebres en distintos lugares para dar cabida a todos. El obispo de Toul pronunció la oración oficial, en la que dijo célebremente: *«Transformó casi por completo el rostro de la Iglesia en Francia por medio de su caridad»*. El obispo destacó especialmente la renovación del clero y la extraordinaria caridad de Vicente como

legados inseparables. Significativamente, incluso en esa alabanza, subrayó su **humildad**, señalando que Vicente mantenía sus virtudes *"ocultas bajo las alas de la humildad"* y que, pese a todo el bien realizado, se veía a sí mismo como *"el más malvado de los hombres"*.

Tras el funeral, Vicente fue enterrado en San Lázaro. Casi inmediatamente comenzaron a reportarse milagros y favores en su tumba. La gente tomaba pequeños trozos de su ropa u objetos que había usado como reliquias. La devoción popular hacia él fue espontánea; de hecho, ya existía antes de su muerte (se cuenta que, al oír hablar de sus obras, algunos en los pueblos exclamaban: *«¡Es un santo!»*). Se decía que, si la caridad pudiera representarse en forma humana, sería en la persona del señor Vicente.

En 1712, cuando se abrió la tumba durante una investigación canónica oficial, se halló que su cuerpo, que inicialmente se había encontrado incorrupto, se había deteriorado algo debido a factores ambientales (en 1705 unas inundaciones habían afectado la cripta de San Lázaro). Sin embargo, los huesos principales estaban intactos y, de manera notable, su corazón se halló extraordinariamente bien conservado. Extraído y colocado en una urna, su corazón permaneció blando y con aspecto vivo durante muchos años, algo que quienes lo examinaron consideraron inexplicable por medios naturales. Se interpretó como un signo de su excepcional caridad (simbolizada por el corazón). Sus huesos y resto del cuerpo fueron colocados posteriormente en un nuevo relicario y, tras las convulsiones de la Revolución francesa, acabaron en la capilla de la Casa Madre de la Congregación de la Misión en París, donde aún hoy se veneran. Su corazón se custodia en la capilla de las Hijas de la Caridad en la Rue du Bac de París.

Incluso en los años inmediatos a 1660, las obras iniciadas por Vicente continuaron con vigor. Su sucesor como superior de los paúles, René Alméras, y luego otros superiores, prosiguieron fielmente su misión. Tanto la Congregación de la Misión como las Hijas de la Caridad crecieron y se expandieron internacionalmente. Mientras tanto, las Cofradías de la Caridad formadas por Vicente siguieron sirviendo en las parroquias (y aún hoy, cuatro siglos después, siguen activas). Para todos los que conocieron su historia, era evidente que Vicente de Paúl había vivido una vida de virtud heroica. En consecuencia, la Iglesia comenzó a reunir pruebas para declararlo oficialmente santo.

El cuerpo de San Vicente de Paúl, expuesto en la iglesia de la Casa Madre de la Congregación de la Misión en París.

VIII. Virtudes de san Vicente de Paúl

San Vicente de Paúl es considerado a menudo un ejemplo eminente de virtud cristiana. Cuando la Iglesia investigó su vida para la causa de canonización, destacó el "grado heroico" con que practicó las virtudes teologales (fe, esperanza y caridad) y las virtudes cardinales (prudencia, justicia, templanza y fortaleza). Pero, dicho en términos más sencillos, ciertas virtudes irradiaban de manera especial de su persona y de sus acciones:

1. **Caridad (Amor):** Por encima de todo, Vicente de Paúl fue conocido por su extraordinaria caridad. No se trataba de un amor meramente sentimental, sino de un amor activo y concreto que se manifestaba en dar de comer al hambriento, cuidar al enfermo, consolar al prisionero y levantar al pobre. Su amor era universal: no hacía distinciones a la hora de servir. Para él, un mendigo cubierto de llagas o un criminal encadenado eran tan prójimos suyos (a los que amar y servir) como cualquier noble o amigo. Mostraba una compasión entrañable, muchas veces conmovido hasta las lágrimas por el sufrimiento ajeno. Sin embargo, su caridad también era sabia y organizada; no se conformaba con dar limosnas, sino que buscaba realmente sacar a las personas de la miseria y devolverles su dignidad. *No basta con darles pan y caldo* —decía—, *hay que transmitirles nuestro amor.* Enseñaba que la verdadera caridad significa hacer nuestras las necesidades del prójimo. Quizá una de las pruebas más claras de su caridad fue lo contagiosa que resultaba: encendía la llama de la caridad en incontables personas, desde damas de alta sociedad hasta sencillas muchachas de pueblo, inspirándolas a unirse a sus obras. Este efecto multiplicador de su amor demuestra cuán genuino y profundo era.
   La amplitud de la caridad de Vicente era asombrosa. Respondía a todo tipo de miserias, ya fuera el abandono espiritual (como en Folleville), el hambre física, la enfermedad o la ignorancia. Decía con frecuencia que la verdadera caridad inventa modos nuevos de ayudar cuando los antiguos no bastan. Así, si había huérfanos que morían en la calle, creó la casa de expósitos; si la guerra provocaba refugiados, organizaba convoyes de socorro; si los presos languidecían, fundaba hospitales para ellos. En esto, no solo fue personalmente compasivo, sino también pionero en la acción social, anticipando muchas prácticas modernas de caridad.
   Es importante subrayar que la caridad de Vicente no humillaba a quienes ayudaba; respetaba su dignidad. Instaba a sus seguidores a tratar a los pobres "como a vuestros amos", una indicación asombrosa en una época de estricta jerarquía social. Esta humildad en su caridad le daba un carácter cristocéntrico. Su amor era directo y tangible: abrazaba a mendigos sucios y enfermos sin apartarse, viendo más allá de la suciedad a la persona sufriente amada por Dios.

2. **Humildad:** Quienes conocieron a Vicente coincidían unánimemente en su profunda humildad. A pesar de sus grandes logros y de la veneración que se le tenía, Vicente siempre se veía a sí mismo como un pobre pecador y un simple instrumento de Dios. Atribuía cualquier bien que hiciera a la gracia divina, no a su propia capacidad. No se sentía cómodo con los elogios. Por ejemplo, cuando alguien le felicitaba por algún proyecto caritativo, respondía con una sonrisa: *No soy más que el pequeño instrumento de una gran obra.* Cultivaba

deliberadamente la modestia: continuó vistiendo una sencilla sotana y una capa vieja, incluso cuando benefactores ricos le ofrecían ropas mejores. Prefería un lenguaje llano al estilo retórico y florido, y se llamaba a sí mismo "un hombre sin letras" (aunque en realidad estaba bien instruido), para poder relacionarse con todos de manera sencilla.
Existe una anécdota entrañable: unos visitantes llegaron a San Lázaro queriendo ver al famoso señor Vicente; él mismo abrió la puerta, con un aspecto tan corriente que le tomaron por un sirviente y le preguntaron si podían ver a Vicente de Paúl. En lugar de corregirles con indignación, Vicente les guio amablemente en una breve visita y conversó con ellos; solo después alguien les informó de que el "sirviente" era en realidad Vicente. Tenía la costumbre de desviar el mérito: si le alababan por organizar una obra de socorro, mencionaba la generosidad de los donantes o el esfuerzo de sus colaboradores, nunca el suyo propio. Su humildad no era fingida, sino enraizada en una profunda conciencia de la grandeza de Dios y de sus propias limitaciones. Esta humildad le permitía colaborar con todos, pedir perdón cuando se equivocaba y asumir tareas humildes sin avergonzarse.
Incluso cuando aconsejaba a nobles o era apreciado en la corte, insistía en que le llamaran "Monsieur Vincent" (el señor Vicente) o "Père Vincent" (padre Vicente), títulos sencillos, y no otros más altisonantes. Cuando el papa Urbano VIII quiso nombrarle obispo en la década de 1630, Vicente suplicó rechazar el honor, convencido de que no era digno y de que sería más útil en su función actual.

3. **Simplicidad:** Muy ligada a la humildad estaba la virtud de la simplicidad. Valoraba la franqueza y la sinceridad, tanto en el hablar como en el vivir. Enseñaba a los miembros de sus comunidades a evitar la doblez o la afectación. Su propio estilo de comunicación era claro y sin artificios, ya hablara con campesinos o con príncipes. En una época en la que los religiosos solían usar un lenguaje teológico florido, Vicente expresaba las verdades de la fe de forma sencilla y concreta, lo que fue clave para su éxito al enseñar a la gente sencilla.
Practicaba también la transparencia en sus gestiones; por ejemplo, en la administración de los cuantiosos fondos de caridad que pasaban por sus manos, llevaba cuentas escrupulosas y explicaba con claridad cómo se empleaban los recursos, generando confianza. Vicente creía que Dios es simple (en el sentido de puro y verdadero) y que acercarse a Él requería un corazón sin engaño. Declaró célebremente que la simplicidad era su virtud favorita, "la virtud que más amo y a la que, me parece, rindo mayor homenaje". Por simplicidad entendía decir la verdad con claridad y tener pureza de intención (buscar únicamente agradar a Dios).
La simplicidad de Vicente significaba también una especie de corazón indiviso. No complicaba las cosas en exceso; veía el Evangelio en términos claros: amar a Dios, amar a los pobres, hacer la voluntad de Dios. Y se mantenía fiel a lo esencial sin dejarse distraer por ambiciones personales o controversias inútiles. Esta concentración le daba una serenidad y claridad de juicio que otros admiraban.

4. **Mansedumbre y dulzura:** Aunque por naturaleza Vicente tenía el temperamento fogoso de un gascón, experimentó una transformación notable y llegó a ser conocido por su carácter afable y apacible. Los relatos contemporáneos lo describen como bondadoso, paternal y sereno. Rara vez, si es que alguna, levantaba la voz con ira. Incluso al corregir a alguien o en reuniones tensas (como

en el Consejo de Conciencia de la reina), permanecía cortés y mesurado. Su dulzura le hacía cercano; la gente se sentía a gusto en su presencia, desde niños de la calle hasta nobles. Creía que se podía lograr más bien con la amabilidad que con la severidad. Esto no significa que fuera blando: sabía ser firme cuando era necesario, pero siempre intentaba suavizar la firmeza con compasión.
Su espíritu gentil brillaba especialmente en su ternura hacia los que sufrían: los testigos relataban cómo abrazaba o sostenía en brazos a huérfanos enfermos y mendigos, ofreciendo no solo ayuda práctica sino también el calor del afecto humano. Muchos comentaban la serenidad que mantenía incluso bajo provocación. En una ocasión, un sacerdote parisino simpatizante con el jansenismo le insultó y atacó públicamente en una reunión; Vicente escuchó sin responder con el mismo tono y, cuando contestó, lo hizo con una amabilidad tan medida que avergonzó al agresor y puso fin a la discusión. Este tipo de respuesta apaciguaba muchos conflictos y ganaba a los oponentes.

5. **Celo (fervor apostólico):** Vicente de Paúl tenía un celo incansable por la salvación de las almas y la gloria de Dios. En su madurez y en sus últimos años, pese a su salud frágil, trabajó sin descanso; podría decirse incluso que se desgastó por Cristo. Viajaba siempre que era necesario, escribía a las autoridades para defender a los pobres, predicaba y enseñaba, y ampliaba ministerios ya existentes o creaba nuevos cuando surgía una necesidad. Hablaba a menudo del fuego de la caridad que debía encender a sacerdotes y hermanas para servir plenamente a Dios. Su celo era contagioso: muchos que le conocían se sentían inspirados para ofrecerse voluntarios o cambiar su propia vida.
Sin embargo, Vicente cuidaba que el celo estuviera guiado por la prudencia y no se adelantara a la Providencia. Su vida encarnaba la del trabajador incansable en la viña del Señor, decidido a no dejar piedra sin mover si eso significaba consolar y salvar más almas. Pocos en la historia han sido tan fervientes defensores de los pobres y abandonados como Vicente de Paúl. En las misiones que organizaba, se entregaba por completo: predicaba varias veces al día, confesaba durante horas hasta la noche y luego se levantaba temprano para orar y volver a empezar. Quienes le acompañaban se maravillaban de su resistencia y dedicación.

6. **Prudencia y sabiduría:** Aunque quizá menos celebrada, la sabiduría práctica de Vicente fue una virtud clave para su éxito. Tenía una gran capacidad para conocer a las personas: discernía bien sus aptitudes y carácter, lo que le permitió elegir excelentes líderes como Luisa de Marillac u organizar eficazmente grandes grupos. Sus decisiones solían ser acertadas; planificaba con cuidado, administraba los recursos con austeridad pero con confianza, y negociaba con diplomacia tanto con autoridades eclesiásticas como civiles. Su prudencia se veía en cómo ampliaba las obras de caridad de forma sostenible (estableciendo normas, formando personal, buscando apoyo de manera sistemática). En las crisis, mantenía la cabeza fría.
Por ejemplo, en el apogeo de la guerra civil de la Fronda, cuando las turbas agitaban París, Vicente no adoptó posturas políticas precipitadas; en cambio, amplió discretamente la ayuda a los afectados por el conflicto y utilizó canales reservados para promover la paz. También fue prudente en el manejo de problemas internos: no toleraba faltas graves entre sus sacerdotes o hermanas, pero corregía con paciencia y a menudo prevenía males mayores abordando los

pequeños a tiempo. Fue prudente en lo económico: aunque por sus manos pasaban sumas enormes, vivía de forma muy sencilla y utilizaba los fondos con eficiencia en favor de los pobres.

La combinación de estas virtudes hizo de Vicente un cristiano ecuánime y brillante. Quizá el secreto que las sostenía todas era **su profunda fe y confianza en la Providencia**, que le impedía caer en la soberbia cuando recibía elogios o en la desesperación cuando llegaban las dificultades. Su humildad le hacía flexible: no insistía en su propio camino, sino que buscaba de verdad el de Dios. Y su confianza le permitía emprender grandes empresas sin miedo, porque sabía que Dios era quien estaba al frente.

Un rasgo que impresionaba a sus contemporáneos era que las virtudes de Vicente estaban **integradas**. Su humildad alimentaba su caridad (porque veía a todos por encima de sí mismo), su caridad alimentaba su celo (porque amaba a las personas y quería su bien), su celo se moderaba con mansedumbre y prudencia (para que fuera eficaz y no temerario), y su simplicidad daba a todas sus acciones un testimonio claro y creíble.

Muchos que testificaron en el proceso de beatificación de Vicente mencionaron su **serenidad y alegría**. A pesar de llevar enormes cargas y de ver diariamente sufrimientos desgarradores, mantenía un carácter equilibrado e incluso alegre. Tenía un sentido del humor irónico: por ejemplo, cuando una persona demasiado entusiasta sugirió que las Hijas de la Caridad hicieran un cuarto voto para atender a los enfermos mentales, Vicente bromeó: *Creo que ya tienen bastante con cuidar a los locos sin añadir un voto para ello,* un comentario amable que mostraba que no quería imponer cargas innecesarias. A menudo animaba a sus colaboradores a ser alegres, diciéndoles que la tristeza no ayuda a nadie y que una palabra amable y una sonrisa podían levantar el corazón de un pobre tanto como el pan.

Las virtudes de san Vicente eran las del **Evangelio en acción**. Amaba a Dios con todo su corazón, y eso se veía en su amor eficaz al prójimo. Era humilde, viéndose verdaderamente como un siervo, lo que le abría a la fuerza de Dios. Era sencillo, centrado en lo esencial de la fe sin ego ni complicación, lo que hacía su mensaje accesible. Era manso y paciente, lo que conquistaba corazones endurecidos. Se mortificaba, lo que le daba dominio de sí para perseverar. Y era celoso, lo que le permitió lograr una cantidad asombrosa en una sola vida. No es de extrañar que incluso en vida la gente sintiera que estaba en presencia de un santo y que, después de su muerte, la Iglesia reconociera que sus virtudes brillaban en grado heroico.

IX. Espiritualidad y vida de oración

El fundamento de la vida virtuosa de san Vicente fue una espiritualidad profunda y dinámica. Aunque estaba constantemente activo, Vicente era un hombre de oración y de unión con Dios. Entendía que todas sus obras de caridad habrían sido imposibles sin la dependencia de la gracia divina. Varios aspectos clave caracterizan la espiritualidad vicenciana:

- **Confianza en la Divina Providencia:** Vicente de Paúl tenía una confianza inquebrantable en el cuidado providente de Dios. Su actitud favorita era "esperar en la Providencia", lo que significaba que rezaba y discernía cuidadosamente antes de emprender un nuevo proyecto, para asegurarse de que era verdaderamente la voluntad de Dios y que llegaba en el momento oportuno. Advertía a sus seguidores "que no se adelantaran a la Providencia". Por el contrario, una vez que percibía que Dios abría una puerta, avanzaba con valentía, confiando en que Dios proporcionaría los medios necesarios. Esta dependencia de la Providencia le permitió emprender enormes obras de caridad sin quedar paralizado por el miedo al fracaso o a la falta de recursos. Creía que, cuando uno realiza la obra de Dios para la gloria de Dios, Dios interviene —no siempre del modo esperado, pero sí de forma suficiente—. Su calma ante las dificultades brotaba de esta confianza.
  Este abandono en manos de la Providencia no significaba pasividad o fatalismo. Vicente hacía todo lo que humanamente era prudente y posible: planificaba, organizaba y trabajaba duro; pero, una vez hecho esto, dejaba el resultado en manos de Dios con serenidad. Como suele decirse: "El hombre propone, Dios dispone"; debemos esforzarnos, pero aceptar que, en último término, es Dios quien tiene el control. Esta perspectiva le preservaba del desánimo: si una obra fracasaba o se veía obstaculizada, lo interpretaba como permiso o redirección de Dios, no como motivo para perder el ánimo.

- **Vida de oración:** Para Vicente, la acción y la contemplación iban de la mano. Insistía en que sus misioneros y hermanas **alimentaran sus almas con la oración**, para no convertirse en meros trabajadores sociales sin fuerza espiritual. El propio Vicente dedicaba diariamente un tiempo considerable a la oración —a menudo se levantaba a las cuatro de la mañana para orar en silencio en la capilla antes del bullicio del día—. Sentía especial predilección por orar ante el Santísimo Sacramento. También meditaba las Escrituras; tenía un amor particular por

pasajes como Mateo 25,35-40 (Cristo en los pobres) y Lucas 4,18 (la misión de llevar la Buena Nueva a los pobres), que fueron estrellas guías de su ministerio. La oración de Vicente era sencilla, conversacional y llena de fe. Ponía las necesidades de los pobres ante Dios, pidiendo orientación y milagros cuando era necesario.
Vicente recomendaba que cada día incluyera oración mental (meditación) de al menos una hora. En sus conferencias a las comunidades, ofrecía estructuras básicas para la meditación: ponerse en presencia de Dios, considerar una escena de la vida de Cristo o una verdad espiritual, hacer *afectos* (actos de amor, contrición, etc.), propósitos y, después, encomendar todo a Dios. A menudo sugería meditar sobre la vida de Cristo, especialmente **su amor por los pobres y los que sufren**. Las notas de oración de Vicente (en sus cartas encontramos referencias a sus temas de oración) muestran que reflexionaba con frecuencia sobre la Encarnación —la humildad del Hijo de Dios al hacerse hombre— y sobre la Pasión de Cristo —el amor manifestado al sufrir por la humanidad—. Estos misterios alimentaban la propia humildad y caridad de Vicente.
De forma notable, Vicente integraba la oración en cada tarea. Animaba a sus misioneros a elevar breves oraciones a Dios a lo largo del día ("jaculatorias"), como *"Señor, ayúdanos a servirte en los pobres"* o *"Espíritu Santo, guíame en esta acción"*. Se detenía un momento antes de llamar a una puerta o dirigirse a una reunión, pidiendo interiormente la guía de Dios. Este hábito de oración constante y silenciosa le daba una paz interior y un sentido de la presencia de Dios en todo lo que hacía.

- **"Dejar a Dios por Dios":** Quizá el aspecto más célebre de la espiritualidad de Vicente se resume en su consejo a las Hijas de la Caridad: si una hermana está en medio de sus oraciones establecidas y un pobre llama pidiendo ayuda, debe ir sin ansiedad. Al hacerlo, decía Vicente, no está dejando a Dios; está "dejando a Dios por Dios". Con ello quería decir que una forma de devoción a Dios (la oración) se deja momentáneamente para otra forma (la caridad), y ambas se dirigen a Él. Esta enseñanza ha resonado a lo largo de los siglos porque resuelve hermosamente una aparente tensión entre la contemplación y la acción. En efecto, Vicente santificó el servicio, diciendo que atender a un prójimo necesitado es un acto santo de obediencia a la voluntad de Dios, tan grato a Él como la oración —e incluso, si se hace con amor, una forma de oración en sí misma—.
La propia vida de Vicente ejemplificó esta integración. Ante todo, era un hombre de Dios, *"profundamente impregnado del espíritu del Evangelio"*, como escribió un biógrafo. Y precisamente por eso se convirtió en un hombre de acción. Una vez dijo: "La acción es toda nuestra tarea", pero añadió de inmediato: "La perfección no consiste en éxtasis, sino en hacer la voluntad de Dios". Para él, la voluntad de Dios se conocía en la oración y después se cumplía en el deber diario y en las obras de misericordia. Creía que un cristiano debía tener a la vez una vida interior (una relación con Dios alimentada por la oración) y una vida exterior (buenas obras). Si uno carecía de vida interior, decía Vicente, le faltaba todo. Y si uno sólo rezaba sin vivir la caridad, su oración era sospechosa a sus ojos. Por eso insistía en el equilibrio.

- **Cristocéntrica e encarnacional:** La espiritualidad vicenciana es **cristocéntrica**, centrada en Jesucristo como Señor y modelo. Vicente destacaba de modo

especial a Jesús en dos aspectos: **Evangelizador de los pobres** y **Servidor**. Le gustaba contemplar a Jesús en los Evangelios recorriendo las aldeas, enseñando, sanando, consolando; esa era la imagen que buscaba imitar con sus misioneros. También se detenía en las virtudes de Jesús: la humildad (nacer en un establo, lavar los pies a los discípulos), la mansedumbre (la paciencia de Jesús con los pecadores) y el celo (predicar incansablemente, soportar la cruz). Vicente decía a sus sacerdotes que sus reglas y constituciones no eran sino una transcripción de la vida de Jesucristo, es decir, que todas sus directrices remitían al modo en que Jesús vivió y sirvió.
También creía firmemente que **Cristo vive en los pobres**. Esta es una espiritualidad encarnacional: así como Dios se hizo carne en Jesús, del mismo modo Jesús, de manera mística, adopta la apariencia del pobre. Por eso Vicente era tan reverente con los pobres e insistía en que sus seguidores lo fueran igualmente. Servir a los pobres era, para él, servir directamente a Jesús. Citaba con frecuencia las palabras del Señor: *"Lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis".* No era una mera teoría; animaba la forma en que trataba literalmente a mendigos y marginados con el honor que se daría a un amigo o a un maestro.

- **Devoción a la Eucaristía:** Como sacerdote católico, Vicente sentía una profunda reverencia por la Sagrada Eucaristía. Celebraba la misa diaria con devoción; quienes le veían en el altar señalaban a menudo su actitud recogida, su modo suave, e incluso, a veces, lágrimas de amor. También dedicaba tiempo a la adoración eucarística. Sus cartas mencionan que, en tiempos de gran necesidad, hacía que la comunidad realizara novenas ante el Santísimo Sacramento.

- **Amor a la Escritura y a la enseñanza de la Iglesia:** Vicente no fue un teólogo que escribiera tratados, pero estaba empapado de las Escrituras. Citaba o aludía con frecuencia a pasajes bíblicos, especialmente de los Evangelios y de las enseñanzas de san Pablo. Usaba la Escritura para iluminar la caridad (como el célebre capítulo 13 de la primera carta a los Corintios sobre el amor, que recomendaba leer con frecuencia a sus miembros). También tenía una lealtad sencilla y firme al Magisterio de la Iglesia. Esto formaba parte de su espiritualidad: enseñaba obediencia y respeto a la autoridad de la Iglesia, motivo por el cual se opuso al jansenismo (pues éste resistía la autoridad papal). Decía que obedecer a la Iglesia es obedecer a Cristo, y que hay que amar a la Iglesia, Esposa de Cristo.

- **Comunidad y espíritu de familia:** La vida espiritual de Vicente no era solitaria, sino vivida en comunidad. Valoraba la *vida común:* orar juntos, comer juntos, trabajar juntos. Animaba a sus misioneros y hermanas a apoyarse mutuamente en su crecimiento espiritual. Celebraba semanalmente el "Capítulo de faltas", en el que los miembros de la comunidad podían reconocer humildemente cualquier fallo, y otros ofrecían corrección fraterna con delicadeza —una práctica destinada a fomentar la santidad colectiva sin caer en el juicio—. Ponía énfasis en la **caridad dentro de la comunidad**. Les enseñaba a sobrellevar pacientemente las diferencias y debilidades mutuas, considerándolo parte de su servicio a Cristo. Este enfoque comunitario hacía que la espiritualidad vicenciana fuera **colaborativa**: se trata de ser una familia en Cristo realizando su obra, no de actuar como "lobos solitarios".

- **Mortificación y sencillez de vida:** Vicente practicaba discretamente la penitencia personal. A veces llevaba un cilicio y utilizaba pequeñas prácticas disciplinarias comunes en los ascetas de su época (lo sabemos porque algunos de estos objetos fueron hallados en su celda tras su muerte). Sin embargo, nunca exhibía esto ni promovía penitencias severas para otros. De hecho, *desaconsejaba* el ascetismo extremo en sus comunidades, pues quería que estuvieran sanas y equilibradas para el servicio. Les decía que la mejor mortificación era aceptar **con alegría las incomodidades diarias** y dominar las propias pasiones (como la impaciencia o la vanidad).
  La vida simple de Vicente (mantenía una sotana raída, una habitación pequeña, comía con moderación, etc.) formaba parte de su testimonio espiritual: no quería que nada se interpusiera entre él y su confianza en Dios. Pero también cuidaba razonablemente su salud e insistía en que sus miembros hicieran lo mismo, lo que lo hacía más moderado que algunos santos anteriores que abrazaron privaciones severas. Su principio rector era: *Haz lo necesario para agradar a Dios y haz incluso las cosas sencillas con gran amor*.

En definitiva, la espiritualidad de san Vicente de Paúl es una **espiritualidad de acción arraigada en la contemplación**. Encarnaba el lema que suele atribuirse a san Benito: *Ora et labora* —reza y trabaja—. En el caso de Vicente, podría decirse: *Reza como si todo dependiera de Dios y trabaja como si todo dependiera de ti*, y también: *El trabajo es amor hecho visible.* Creía de verdad que **servir a los pobres era servir a Dios**, de modo que su espiritualidad derribaba cualquier muro falso entre los deberes "espirituales" y los "temporales". Para él, alimentar a un hambriento y pasar una hora en adoración eran actos santos, y de hecho cada uno enriquecía al otro.

Su vida demuestra que una profunda unión interior con Dios puede sostener obras externas asombrosas sin agotamiento, porque se extrae la fuerza del amor inagotable de

Dios. Por eso, a pesar de dirigir una red increíble de misiones y obras de caridad, Vicente seguía siendo personalmente amable, accesible y, según muchos testimonios, "serenamente alegre". La gente esperaba a un hombre agobiado, pero a menudo encontraba en él una presencia calma y amable, prueba de ese anclaje interior en Dios.

En definitiva, la espiritualidad de san Vicente de Paúl puede resumirse en la frase que tanto amaba: **"La caridad de Cristo nos apremia"** (2 Cor 5,14). Todo lo que hacía estaba motivado por el amor de Cristo en su interior, que le impulsaba a seguir adelante, y quería que ese amor moviera también a los demás. Su espiritualidad nos anima igualmente a encontrar a Cristo en la oración y luego a ir a encontrarlo en el prójimo —especialmente en el prójimo necesitado—, confiando en que, al hacerlo, hallaremos también la salvación y santificación de nuestra propia alma.

X. El carisma del servicio a los pobres

El **carisma** distintivo de san Vicente de Paúl —el don y la misión definitorios que el Espíritu Santo dio a la Iglesia a través de él— puede describirse de forma sucinta como el **carisma de la caridad**. Más concretamente, se trata de un espíritu de **servicio práctico, de persona a persona, a los pobres, realizado con humildad, amor y con el objetivo de su mejora integral (tanto material como espiritual)**. Este carisma vicenciano ha tenido una profunda influencia en la vida de la Iglesia, configurando esencialmente la práctica caritativa católica durante los últimos cuatro siglos.

Veamos los elementos de este carisma y su significado:

- **Ver a Cristo en los pobres**: en el corazón del carisma de Vicente está la convicción de que servir a los pobres es servir a Cristo. Vicente llamó célebremente a los pobres «nuestros amos y señores» y lo decía en sentido espiritual, de forma muy literal. Enseñó a sus seguidores que los pobres representan a Jesús, haciendo eco de Mateo 25, donde Cristo dice: *«Tuve hambre y me disteis de comer... cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis»*. Vicente no lo tomó como una metáfora piadosa, sino como una realidad vivida. Esta creencia transformó la caridad de una mera filantropía en un encuentro sagrado. Un servidor vicenciano se acerca a una persona pobre con reverencia, esperando encontrarse con Cristo. Este aspecto del carisma da a las obras vicencianas un tono distintivo: respeto, paciencia y compasión sincera, como la que se mostraría al mismo Señor.
  Este enfoque fue revolucionario en tiempos de Vicente y sigue desafiándonos hoy. Afirma implícitamente la dignidad de toda persona humana, mucho antes de que la enseñanza social moderna la expresara en esos términos. Para Vicente, era algo evidente: esa dignidad provenía de la presencia de Cristo en ellos.

- **Evangelización mediante la caridad (Palabra y obra unidas)**: el carisma de Vicente unió de forma inseparable la **evangelización misionera** con la **acción caritativa**. No concebía separar ambas cosas. La declaración de propósito de la Congregación de la Misión era «evangelizar a los pobres», y lo hacían predicando, atendiendo sus necesidades inmediatas y organizando estructuras de apoyo permanente (como las Cofradías de la Caridad). Igualmente, la regla original de

las Hijas de la Caridad decía que servían las necesidades corporales y espirituales de los pobres. Para Vicente, si das de comer a un hambriento pero dejas su alma en la ignorancia, no has mostrado la caridad plena; y si le predicas pero ignoras su hambre, tampoco has manifestado plenamente el amor de Cristo. Por eso, un aspecto clave de su carisma es este **enfoque integral**: cuidar cuerpo y alma juntos.
Vicente decía a menudo que la verdadera caridad consiste en ayudar a las personas a ayudarse a sí mismas —hoy lo llamaríamos ayuda al desarrollo—. Por ejemplo, después de alimentar a los refugiados, también enviaba misioneros para enseñarles agricultura o habilidades básicas para que pudieran reconstruir sus vidas. Educaba a la juventud pobre (a través de escuelas gratuitas dirigidas por las Damas de la Caridad y, más tarde, por las Hijas) para que pudieran romper el ciclo de ignorancia y vicio. Esto muestra la visión a largo plazo del carisma: la caridad no es solo un parche momentáneo; es también empoderamiento y transformación de condiciones injustas cuando es posible. En términos modernos, podríamos decir que el carisma de Vicente encarna tanto **las obras de caridad como la justicia social** en germen.

- **Colaboración de laicos y clero, hombres y mujeres**: parte del carisma de Vicente fue su implicación innovadora de todo el **Pueblo de Dios** en las obras de caridad. Fue uno de los primeros en movilizar a gran escala a mujeres laicas. También inspiró a otros laicos, como en el caso de la Sociedad de San Vicente de Paúl, fundada en el siglo XIX, que lo tomó como patrono. Vicente hizo que sacerdotes y hermanos trabajasen junto a hermanas y voluntarios laicos: un modelo muy colaborativo. Este enfoque inclusivo es hoy algo común en la acción caritativa de la Iglesia, pero en tiempos de Vicente era bastante novedoso ver un liderazgo laico tan organizado en la caridad.
  Así, el carisma vicenciano derribó barreras: entre clero y laicos (enseñó al clero a valorar la cooperación laical en la misión), entre clases sociales (nobles trabajando junto a campesinos para atender a los necesitados, como ocurría en las Cofradías), y entre géneros (hombres y mujeres desempeñando papeles cruciales, algo muy avanzado en la Iglesia del siglo XVII).

- **Innovación y adaptabilidad**: el lema de Vicente podría haber sido *«El amor es infinitamente inventivo»* (frase que, de hecho, aparece en sus escritos). Un rasgo distintivo de su carisma es la **creatividad en la caridad**: encontrar respuestas nuevas para nuevas formas de pobreza. Lo vimos en su vida: cuando la guerra creó refugiados, organizó grandes campañas de ayuda; cuando se abandonaban niños, fundó casas para expósitos; cuando la población rural estaba espiritualmente desatendida, fundó grupos misioneros y seminarios. El carisma vicenciano lleva así un **dinamismo incansable**: siempre atento a necesidades no cubiertas y buscando soluciones prácticas. Este espíritu innovador sigue vivo. Hoy la Familia Vicenciana tiene proyectos frente a problemas actuales como la trata de personas, la microfinanciación para los pobres, la vivienda para personas sin hogar, etc. A menudo se preguntan: «¿Qué haría el señor Vicente hoy?» y luego adaptan sus principios al nuevo problema.

- **Caridad universal: nadie excluido**: el carisma de Vicente también tuvo un alcance global o universal, aunque comenzara localmente. Dijo célebremente a

sus sacerdotes: **«Nuestra parroquia es el mundo entero»**. Fiel a ello, en el momento de su muerte su congregación ya estaba presente en Polonia, Italia, el norte de África, etc. Hoy la Familia Vicenciana está en todos los continentes, afrontando formas locales de pobreza. El carisma trasciende la cultura: es, en esencia, la llamada evangélica al amor traducida en un servicio eficaz.

- **Influencia en la enseñanza y el ministerio de la Iglesia**: el carisma vicenciano anticipó y dio forma a lo que hoy consideramos la acción católica habitual. Por ejemplo, la encíclica *Deus Caritas Est* (Dios es amor, 2005) de Benedicto XVI subraya que la naturaleza de la Iglesia se expresa en la triple responsabilidad: proclamar la Palabra, celebrar los Sacramentos y **ejercer el ministerio de la caridad**. Vicente de Paúl realizaba precisamente esa síntesis en su tiempo. La encíclica también dice que quienes sirven deben hacerlo con humildad y sin fines ideológicos, algo que podría salir directamente de las conferencias de Vicente. El patronazgo que León XIII otorgó a Vicente en 1885 (nombrándolo patrono de todas las asociaciones de caridad) es un reconocimiento formal de que el carisma vicenciano había impregnado la comprensión que la Iglesia tiene de su misión. De hecho, se podría decir que organizaciones modernas como *Cáritas Internacional* o *Catholic Charities* operan dentro de un paradigma que Vicente inauguró: atención organizada, profesional y, a la vez, amorosa a los necesitados, viendo a Cristo en ellos y buscando su desarrollo integral.

- **La Familia Vicenciana**: el carisma de Vicente no se confinó en sus tres instituciones originales. Con el paso de los siglos, han surgido cientos de congregaciones religiosas y asociaciones laicas inspiradas en él (algunas explícitamente bajo su patronazgo, otras indirectamente influenciadas). Esto incluye a las Hermanas de la Caridad fundadas en diversos países (por ejemplo, las de santa Isabel Ana Seton en EE. UU.), los Hermanos de la Caridad, la Sociedad de San Vicente de Paúl, la Juventud Mariana Vicenciana, etc. Todas ellas comparten el carisma vicenciano: énfasis en el servicio a los pobres, sencillez de vida, humildad en el servicio y una espiritualidad fervorosa que alimenta las obras. Un fruto destacado fue la Sociedad de San Vicente de Paúl, fundada en 1833 por el beato Frédéric Ozanam, un laico de París. Ante la miseria de la revolución industrial, Ozanam miró al ejemplo de Vicente y dijo, esencialmente: *«Hagamos lo que hizo san Vicente, en nuestro tiempo, como laicos»*. Él y algunos compañeros comenzaron a visitar los barrios pobres llevando pan, leña y esperanza. Tomaron expresamente a Vicente como patrono y buscaron impregnarse de su espíritu de **encuentro personal** y **caridad sin juicios**. Esa Sociedad creció hasta tener alcance mundial y es una de las mayores organizaciones laicas católicas, continuando el carisma vicenciano en un contexto moderno (con obras como tiendas de segunda mano, visitas a domicilio, ayuda en catástrofes, etc., siempre con asistencia personal y directa).
  Curiosamente, Ozanam también defendió soluciones sistémicas (como mejores salarios y derechos de los trabajadores), mostrando cómo el carisma de Vicente puede extenderse a la **abogacía**, además de la ayuda directa. Aunque Vicente en vida no se dedicó al activismo político (no era el modelo de la época), toda su vida fue un testimonio de que la Iglesia debe preocuparse por las condiciones de los pobres y actuar para cambiarlas, no limitarse a predicarles. Esta mentalidad sentó las bases para la posterior Doctrina Social de la Iglesia, que cobró fuerza en

tiempos de León XIII.
El carisma vicenciano es un don para la Iglesia que impulsa a los católicos a **servir a los más pobres y abandonados con amor práctico**, viendo en ellos el rostro de Jesús, y a hacerlo con un espíritu de humildad, sencillez, mansedumbre, celo y confianza en la providencia de Dios. Ha transformado la acción pastoral de la Iglesia en los últimos cuatro siglos, haciendo de la caridad una parte organizada y esencial de la vida católica.

Es importante destacar nuevamente que el carisma de Vicente no se limita a quienes están en la vida religiosa, como muestran las muchas asociaciones laicas vicencianas. Es una llamada a todo cristiano: en nuestro propio estado de vida, estamos llamados a practicar la **caridad concreta**. Vicente simplemente nos muestra un modo especialmente eficaz y santo de hacerlo. Dijo célebremente: «*Amemos a Dios, hermanos míos, amemos a Dios. Pero que sea con la fuerza de nuestros brazos y el sudor de nuestra frente*». Esa frase resume bien el carisma: amor a Dios demostrado con un trabajo manual y entregado por los demás.

XI. Camino hacia la santidad: beatificación y canonización

Tras la muerte de Vicente de Paúl en 1660, la fama de su santidad se extendió rápidamente. La gente ya le llamaba con afecto **«el señor Vicente»** y, en la práctica, lo trataba como un santo en la devoción popular. La Iglesia, sin embargo, cuenta con un proceso cuidadoso para reconocer oficialmente a los santos, un procedimiento que, en tiempos de Vicente, solía llevar décadas o incluso siglos. En su caso, pasaron 77 años desde su muerte hasta su canonización: un plazo relativamente rápido para la época, lo que indica la fuerte reputación y las pruebas de santidad que acompañaban a su causa.

Veneración inicial: Inmediatamente después de su muerte, comenzaron a difundirse favores obtenidos por su intercesión. Mientras tanto, los misioneros de la Congregación de la Misión y las Hijas de la Caridad preservadorn todo lo que le pertenecía (sus cartas, objetos personales, etc.) como reliquias, anticipando que algún día sería canonizado.

No obstante, la Iglesia exigía un proceso formal. Éste comenzó a nivel diocesano con la recopilación de pruebas sobre las virtudes heroicas de Vicente y posibles milagros. En 1661, el arzobispo de París, animado por el sucesor de Vicente, René Alméras, inició el **proceso informativo**. Esto implicó entrevistar a numerosos testigos que habían conocido personalmente a Vicente: miembros de la Congregación de la Misión, Hijas de la Caridad, clérigos, nobles, gente del pueblo... cualquiera que pudiera dar testimonio de su vida y virtudes. Se recogieron relatos sobre sus hábitos cotidianos, sus virtudes en acción y la devoción popular que despertaba. Todos estos testimonios se recopilaron y enviaron a Roma.

Escritos y biografías: Una biografía fundamental de Vicente fue publicada por el **obispo Luis Abelly** en 1664, apenas cuatro años tras su muerte. Aunque con un tono hagiográfico, ofrecía una gran cantidad de anécdotas de primera mano y un retrato de sus virtudes. Esta obra contribuyó a difundir su historia por toda Europa. Los propios escritos de Vicente (especialmente cartas y conferencias) fueron cuidadosamente copiados y archivados por los paúles; en Roma sirvieron como pruebas esenciales de que había enseñado una doctrina sana y vivido lo que predicaba.

Suspensión y reanudación: En un primer momento, la causa de Vicente avanzó de forma constante. En 1705 se introdujo en Roma el **proceso apostólico** oficial (bajo el pontificado de Clemente XI). Sin embargo, surgió una complicación imprevista: el nombre de Vicente quedó enredado en las controversias jansenistas de Francia. Algunos opositores (jansenistas o simpatizantes) difundieron calumnias insinuando que Vicente había tenido una relación demasiado cercana con el controvertido abad Saint-Cyran (líder jansenista) o que algunos milagros atribuidos a él estaban exagerados. El "abogado del diablo" (Promotor de la Fe) en Roma planteó estas objeciones, lo que ralentizó el proceso. Además, la Guerra de Sucesión Española (1701–1714) entre Francia y otras potencias generó tensiones políticas que pudieron influir en la rapidez con que se trataba una causa francesa en Roma.

A pesar de ello, las pruebas de las **virtudes heroicas** de Vicente eran abrumadoras. En 1712, el papa Clemente XI declaró a Vicente **«Venerable»**, lo que significaba que la Iglesia

reconocía que había vivido las virtudes en grado heroico. Fue un paso importante. Ese mismo año se examinó su cuerpo como parte de la verificación de que no se le había rendido un culto ilícito (una de las normas exigía que nadie hubiera sido públicamente venerado como santo antes de la aprobación eclesial). Se comprobó que su cuerpo estaba parcialmente incorrupto (en especial el corazón y algunos órganos). Este hallazgo se documentó como signo posible de santidad, aunque no se consideró prueba concluyente por sí solo.

Beatificación: El siguiente paso era la beatificación, que requería milagros auténticos atribuidos a la intercesión de Vicente. Normalmente se necesitaban al menos dos milagros (con la normativa actual: uno para la beatificación y dos más para la canonización). Se reportaron numerosos milagros; el reto consistía en seleccionar aquellos con pruebas más sólidas.

Bajo el pontificado de **Benedicto XIII**, conocido por favorecer las causas de sacerdotes santos (beatificó a personas como Juan de la Cruz y Francisco de Sales), la causa de Vicente cobró nuevo impulso. En 1725, la Congregación de Ritos validó los procesos sobre Vicente. Se examinó una lista de milagros. Entre los aceptados para la beatificación destacaron:

- La **curación instantánea** de un joven, **Philippe Le Grand**, que había quedado lisiado. Tras rezar a Vicente y aplicar una reliquia suya, se curó por completo de la parálisis, hecho confirmado por médicos.
- La curación de **sor Marguerite Guérin**, Hija de la Caridad, de una hemorragia que la medicina de la época no podía remediar. Ella había invocado a Vicente en oración y quedó sana.
- Posiblemente también se consideró la curación de un tal **Alexandre Compain**, de ceguera.

Tras un minucioso examen, el papa Benedicto XIII firmó el decreto de beatificación. El **13 de agosto de 1729**, Vicente de Paúl fue **beatificado** en una ceremonia en la basílica de San Pedro de Roma. Fue un gran acontecimiento, con la asistencia de cardenales, embajadores (especialmente franceses) y numerosos fieles. La bula de beatificación alababa la inmensa caridad de Vicente y su labor en la reforma del clero y la ayuda a los pobres.

En Francia, la noticia de la beatificación fue recibida con **júbilo**. En París, la Congregación de la Misión en San Lázaro celebró un solemne triduo de acción de gracias. Sacaron el cuerpo de Vicente para la veneración pública (había sido embalsamado ligeramente y colocado en un ataúd de plomo; cuando se abrió en 1712 se halló mayormente incorrupto, aunque después se deterioró). Multitudes acudieron a rezar ante sus restos. Dado que el cuerpo comenzó a deteriorarse al quedar expuesto al aire (por daños previos de una inundación), se extrajeron y conservaron aparte reliquias mayores como el corazón, parte del tejido muscular y huesos, de modo que pudieran enviarse a Roma u otros lugares si era necesario.

Con la beatificación, Vicente recibió el título de «Beato» y su fiesta se autorizó en ciertos lugares (París y dentro de las comunidades vicencianas). Sin embargo, el pueblo ya lo consideraba un santo y reclamaba su canonización.

Canonización: El último paso, la canonización, requería normalmente dos milagros más (posteriores a la beatificación, que demostraran el favor continuo de Dios). Los paúles no impulsaron inmediatamente la canonización, quizá por los costes (el proceso implicaba un gasto considerable en ceremonias y documentación). Pero dos milagros notables después de 1729 cambiaron la situación: fueron investigados a fondo por las autoridades eclesiásticas y por expertos médicos, y las pruebas se consideraron sólidas: testimonios jurados, declaraciones de médicos afirmando que no había explicación natural y que las curaciones fueron instantáneas y completas.

Así, el **16 de junio de 1737**, el papa Clemente XII canonizó a san Vicente de Paúl en Roma. La ceremonia de canonización fue magnífica, celebrada en la basílica de San Juan de Letrán (la catedral del Papa) con una multitud inmensa. Clemente XII, ya anciano y aquejado de gota, asistió a parte de la ceremonia y leyó en voz alta el decreto solemne que inscribía a Vicente en el catálogo de los santos, para ser venerado por toda la Iglesia. La fecha se eligió porque ese año coincidía con la solemnidad de la Santísima Trinidad, un día muy apropiado, ya que toda la vida de Vicente había glorificado a la Trinidad por medio de la caridad.

En París, al llegar la noticia, se organizó en octubre de 1737 una celebración grandiosa. La iglesia de San Lázaro no pudo acoger a la multitud, así que se celebraron oficios en varias iglesias. Los lazaristas llevaron las reliquias de Vicente en procesión por las calles (sus restos óseos, sin el corazón y otras partes, habían sido colocados dentro de una efigie de cera para su exposición).

En San Lázaro, una octava de festejos incluyó oraciones y discursos de célebres predicadores que presentaron las virtudes de Vicente al público. Uno de ellos afirmó: «*Transformó el rostro del siglo con sus obras de misericordia*», comentario que, al parecer, el auditorio acogió con entusiasmo.

Tras la canonización, la fiesta de Vicente se incluyó en el calendario romano. En un principio se fijó el 19 de julio, ya que el 27 de septiembre (día de su muerte) coincidía en el calendario general con la fiesta de san Cosme y san Damián, y entonces había una norma que prohibía duplicar fechas. En las reformas del siglo XX (1969), la Iglesia trasladó oficialmente la fiesta de san Vicente de Paúl al 27 de septiembre, su *dies natalis* (nacimiento al cielo), fecha que se mantiene hasta hoy.

Legado en la santidad: La canonización de san Vicente tuvo un efecto multiplicador: puso de relieve la importancia de la caridad activa en el camino hacia la santidad. Hasta entonces, la mayoría de los santos canonizados eran fundadores, místicos, mártires o personas de vida religiosa en clausura. Vicente, aunque fundador, vivió muy implicado en la vida pública, dedicándose al ministerio social. Su canonización (seguida de otras, como la de santa Luisa de Marillac en 1934 o la de san Francisco de Sales, anterior) ayudó a ampliar el reconocimiento de la Iglesia de que la santidad puede alcanzarse sirviendo a los pobres y trabajando por la reforma de la sociedad según el Evangelio.

La canonización también inspiró a nuevas generaciones a seguir sus pasos. Por ejemplo, el beato Federico Ozanam citaba a Vicente como una influencia fundamental para fundar la Sociedad de San Vicente de Paúl. En tiempos recientes, la madre Teresa aludía con frecuencia a Vicente de Paúl como modelo (sus Misioneras de la Caridad comparten una misión similar y tienen una estatua de Vicente en su casa madre).

La elevación de san Vicente de Paúl a los altares confirmó, en esencia, lo que los fieles ya creían desde hacía tiempo: que este humilde sacerdote, que tanto amó a los pobres, vivió y murió con olor de santidad y ahora intercede por nosotros en el cielo. La Iglesia le otorgó su mayor sello de aprobación a su vida y virtudes, proponiéndolo como ejemplo para todos los creyentes.

La historia de su vida —desde una pequeña granja gascona hasta las cortes reales y, finalmente, la gloria de los altares— demuestra que, sea cual sea el punto de partida, una vida entregada por entero a Dios y al prójimo será exaltada por Él a su debido tiempo. Vicente nunca buscó honores, pero los honores le siguieron, culminando en este reconocimiento como santo.

XII. Santo Patrón de las Asociaciones Caritativas

Uno de los homenajes más acertados a la influencia perdurable de san Vicente de Paúl es su título de **Santo Patrón de las Asociaciones Caritativas**. Este título, otorgado por el papa León XIII en 1885, reconoce oficialmente a Vicente como el protector e inspirador celestial de todas las organizaciones católicas dedicadas a las obras de caridad. Subraya hasta qué punto su legado se ha identificado con la actividad caritativa de la Iglesia.

El papa León XIII estaba profundamente preocupado por la situación de los pobres y por la necesidad de una caridad activa en la era industrial moderna. Veía en san Vicente de Paúl el modelo por excelencia de cómo debían responder los católicos a los males sociales: con compasión, organización y compromiso personal. En una carta encíclica fechada en mayo de 1884 (con motivo del segundo centenario de la muerte de Vicente), León XIII alabó las virtudes y logros del santo y lo propuso a los laicos católicos como ejemplo a imitar para afrontar la pobreza contemporánea.

Posteriormente, el **12 de mayo de 1885**, León XIII emitió un decreto declarando a san Vicente de Paúl **"patrón especial ante Dios de todas las asociaciones caritativas del mundo católico que se entregan con amor a ayudar a los que sufren, a los pobres y a los necesitados"**. Fue un paso extraordinario pero lógico: extraordinario porque muy pocos santos gozan de un patronazgo tan amplio (que cubre esencialmente a cualquier grupo que realice algún tipo de caridad), y lógico porque el espíritu de Vicente anima verdaderamente a la caridad católica en todos sus aspectos.

¿Qué significa en la práctica este patronazgo? Significa que cualquier católico que participe en una obra caritativa organizada puede acudir a san Vicente de Paúl como su patrón e intercesor. Cuando se funda una nueva asociación benéfica, puede ponerse bajo su protección. Muchas lo hacen; por ejemplo, muchas oficinas diocesanas de Cáritas tienen un cuadro o una imagen de san Vicente de Paúl en honor a su patronazgo. La Sociedad de San Vicente de Paúl, naturalmente, lleva directamente su nombre y carisma; la Asociación Internacional de Caridad (descendiente moderna de sus primeras Cofradías) lo invocan explícitamente...

El patronazgo reconoce que la vida de Vicente encarnó los principios que toda caridad católica debe reflejar: reconocer a Cristo en el pobre, unir la acción con la oración, combinar eficacia con humildad y buscar el bien integral de las personas atendidas. Al nombrarlo patrón, la Iglesia lo propone como el santo de referencia para recibir orientación y ayuda en las obras de caridad.

Y, de hecho, su influencia es palpable: innumerables albergues, hospitales, orfanatos y agencias de ayuda católicas han elegido el nombre de "San Vicente". Pensemos en todos los "Hospitales de San Vicente" que existen en el mundo: en su mayoría fueron fundados por las Hijas de la Caridad o las Hermanas de la Caridad bajo su patrocinio.

Es interesante señalar que el patronazgo de Vicente va más allá de los grupos de ayuda material. También es **patrón, en cierto sentido, de la caridad espiritual**; por ejemplo, las organizaciones que hacen pastoral penitenciaria o que enseñan a niños desfavorecidos pueden reivindicarlo igualmente, ya que él mismo realizó esas obras (visitó a prisioneros de galeras, fundó escuelas, etc.). Tan amplio es su ejemplo que podría decirse: allí donde la caridad se organiza y se practica, san Vicente tiene un lugar legítimo.

En el corazón de los pobres, el patronazgo de san Vicente es también un consuelo: muchas personas pobres, aunque no sean católicas, reconocen el nombre "San Vicente de Paúl" por comedores sociales o tiendas solidarias que les han ayudado. Puede que no conozcan a la persona que hay detrás del nombre, pero saben que representa una fuente de ayuda y bondad. De este modo, el patronazgo de Vicente actúa a través de la Iglesia para llegar cada año a millones de personas necesitadas, ofreciéndoles asistencia concreta y, a menudo, una chispa de esperanza de que no han sido olvidadas, lo que en sí mismo constituye una forma de evangelización.

Para ilustrar su vigencia: en 2017, la Familia Vicenciana celebró el 400 aniversario del nacimiento del carisma de Vicente (1617-2017). El papa Francisco les dirigió un mensaje reafirmando, en esencia, su patronazgo, e instó a la Familia Vicenciana mundial a continuar con la caridad creativa, a *"salir a las periferias"* como lo hizo Vicente, y a formar nuevas *"redes de caridad"* para afrontar las formas actuales de pobreza (como la trata de personas, los refugiados, etc.). Esto refleja cómo todos los papas desde León XIII —Pío

XII, Pablo VI, Juan Pablo II, Benedicto XVI, Francisco— han elogiado el ejemplo de san Vicente al hablar de la misión caritativa de la Iglesia.

La designación de san Vicente de Paúl como patrón de las asociaciones caritativas es un homenaje al poder perdurable de su visión de la caridad en la Iglesia. Institucionaliza el sentimiento que nació en su canonización: que Vicente no es solo un santo para los vicencianos, sino un santo para todo aquel que quiera servir a Cristo en los pobres. Garantiza que, mientras la Iglesia realice obras de caridad (lo que hará hasta el fin de los tiempos, pues la caridad es esencial al Evangelio), san Vicente de Paúl será invocado, recordado e imitado. Su patronazgo significa que es un **amigo en el cielo** para todos los que realizan en la tierra el duro trabajo del amor, una fuente de intercesión e inspiración mientras continúan la misión que él encarnó de forma tan brillante.

— – —

La vida y el legado de san Vicente de Paúl demuestran cómo la conversión profunda de una sola persona al Evangelio puede expandirse y transformar la sociedad. Nacido en la oscuridad y movido al principio por el interés propio, Vicente permitió que la gracia de Dios reorientara sus ambiciones hacia una vida de servicio desinteresado. Así se convirtió en un instrumento a través del cual el amor de Cristo tocó innumerables vidas. Su influencia en la Iglesia del siglo XVII fue tan grande que un contemporáneo afirmó que "transformó el rostro de la Iglesia en Francia". Puede parecer una exageración, pero si se considera el alcance de su impacto —la renovación del clero, la creación de seminarios, la movilización de laicos en la caridad organizada, la fundación de instituciones perdurables como la Congregación de la Misión y las Hijas de la Caridad, y el rescate de multitudes de pobres, enfermos y marginados—, se ve que no está lejos de la verdad.

Lo que hace especialmente admirable a Vicente de Paúl es que su vida habla no solo a católicos o historiadores, sino a cualquiera interesado en una compasión eficaz. Su enfoque de los problemas sociales fue profundamente humano y eminentemente práctico. No teorizaba sobre "los pobres" en abstracto; conocía sus nombres, sus rostros, sus historias. No reducía la caridad a dar limosna; construyó estructuras que abordaban las causas de raíz (ignorancia, falta de atención pastoral, ausencia de cuidados médicos, etc.). Respetaba a las personas a las que ayudaba e implicaba a estas en ayudarse mutuamente, empoderando a las comunidades para cuidar de las suyas. Estas son ideas modernas en una época premoderna, prueba de un cierto genio guiado por la caridad.

Sin embargo, Vicente insistía siempre en que **no era él, sino Dios** quien realizaba cualquier bien a través de él: *debemos atribuirlo todo a Dios y nada a nosotros mismos*. Esta humildad hizo que su obra fuera sostenible: nunca se trató de su ego, por lo que pudo continuar sin él (como así fue). También lo hizo colaborador: dispuesto a escuchar, a cambiar de rumbo cuando era necesario, a animar a otros a tomar la iniciativa. Ese estilo de liderazgo, poco común en una época absolutista, le granjeó el cariño y la lealtad de quienes trabajaron con él, permitiendo que sus misiones florecieran y perduraran.

Desde una perspectiva espiritual, Vicente ejemplifica la **opción preferencial de la Iglesia por los pobres**, siglos antes de que se acuñara este término. Veía a Cristo en los pobres y a los pobres en Cristo. Enseñaba que, para amar a Dios a quien no vemos, debemos amar a nuestro prójimo a quien sí vemos, y hacerlo con obras concretas. Vicente lo puso en práctica de un modo que movilizó a toda una nación y, con el tiempo, al mundo entero.

Su espiritualidad sigue siendo profundamente actual: en una era en la que afrontamos una *"globalización de la indiferencia"*, como la llamó el papa Francisco, el ejemplo de Vicente nos llama de nuevo al **encuentro personal** y a la **acción misericordiosa**. Nos muestra que la santidad no está separada del compromiso con los problemas sociales; de hecho, algunas almas, como la suya, se santifican precisamente al entregarse por completo a los demás. También enseña que, al servir, no se debe descuidar la oración y la confianza en Dios; este equilibrio es esencial para evitar el agotamiento y mantener la caridad verdaderamente cristiana (enraizada en ver al otro como hijo de Dios, no solo como un caso o una causa).

En el plano humano, la historia de Vicente es alentadora porque no es la de un místico apartado del mundo, sino la de un hombre práctico que luchó contra la ambición, la ira y las dificultades del liderazgo, y que, poco a poco, las superó por la gracia hasta convertirse en santo. Es cercano: a menudo se le representa con una expresión cálida, casi de abuelo, sosteniendo huérfanos en sus brazos. Vicente vivió en medio de la sociedad, tratando con autoridades, recaudando fondos, gestionando personas, tareas muy reconocibles para quienes hoy trabajan en la Iglesia o en la caridad. Así, ofrece un modelo de santidad en la acción cotidiana, "en el mundo, pero no del mundo", utilizando medios terrenos (dinero, influencia social, habilidad política) con fines celestiales.

En nuestros días, mientras la Iglesia y todas las personas de buena voluntad se enfrentan a problemas inmensos —pobreza global, crisis de refugiados, guerras, injusticias—, el legado de san Vicente de Paúl ilumina un camino a seguir. Es el camino de la **creatividad en la caridad**: empezar por atender a la persona que tenemos delante, hacer lo que podamos y luego unirnos para hacer más de lo que creíamos posible, siempre movidos por el amor. Es significativo que, 400 años después de que Vicente organizara por primera vez las Cofradías de la Caridad en Châtillon, la Familia Vicenciana lanzara en 2017 la *"Alianza Famvin con las Personas Sin Hogar"* para abordar una nueva manifestación de pobreza en nuestro mundo urbanizado. Sintieron a Vicente a su lado al asumir esta causa, del mismo modo que sus hijas atendieron a niños expósitos o a soldados heridos en otros tiempos. Esa continuidad muestra que el carisma está vivo y sabe adaptarse.

En conclusión, la vida de san Vicente de Paúl es un testimonio imponente del poder de una **caridad cristiana integral**. Su lema personal bien podría haber sido el mandato bíblico: *"No amemos de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad"* (1 Jn 3,18). Eso fue exactamente lo que hizo: amó con hechos y en verdad; y, al hacerlo, no solo alivió gran parte de la miseria de su tiempo, sino que puso en marcha un vasto movimiento de caridad que sigue mitigando sufrimientos y, lo que es igualmente importante, acercando almas a Dios mediante el testimonio del servicio compasivo. La Iglesia lo proclamó santo porque su vida reflejó tan de cerca la de Cristo Servidor. Y hoy nos invita a hacer lo mismo: a *"ir a los pobres"*, a *"dar a Dios el sudor de nuestra frente"* y a transformar el mundo con cada acto de amor tierno.

San Vicente de Paúl,
ruega por nosotros,
para que tengamos ojos que vean a los pobres,
corazones que los amen
y manos que los sirvan;
y que, al hacerlo, sirvamos a Jesucristo.